

# UN SÁBADO CON LOS AMIGOS

ANDREA  
CAMILLERI



Lectulandia

Sábado por la noche. Tres parejas y un excompañero de estudios, a quien no ven desde hace años, se reúnen a cenar con la intención de ponerse al día de sus respectivas historias personales. Bajo las sólidas convenciones de sus vidas burguesas, laten aún experiencias traumáticas que han marcado su existencia. Así pues, el aparente equilibrio con el que disimulan el dolor, la culpa o la vergüenza comienza a resquebrajarse cuando los conflictos más profundos salen a la luz de forma inexorable. Y a medida que pasan las horas, la reunión se transforma en un tenso encuentro que enfrentará a los participantes con sus secretos más inconfesables.

En este insólito relato de ecos pirandellianos, Andrea Camilleri disecciona sin compasión la materia más sombría y corrupta que puede albergar el alma humana. La voz de hombre de teatro del maestro siciliano emerge en estas páginas con toda la riqueza de su imaginación y su ingente capacidad de sorprender al lector con el giro menos esperado.

**Lectulandia**

Andrea Camilleri

# **Un sábado con los amigos**

ePub r1.1

Titivillus 19.04.15

Título original: *Un sabato con gli amici*  
Andrea Camilleri, 2009  
Traducción: Teresa Clavel

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

—¿Cuándo *vuedve* papá?

—¡Uf, qué pesado!

—¿*Pod* qué se ha ido papá?

—Pero si te lo dijo él mismo: «Voy a Palermo por un asunto de trabajo, pero volveré pronto».

—¿Y cuándo es pronto?

—¡Jo, estás insoportable!

—¿*Pod* qué no me dices cuándo *vuedve* papá?

—Pero ¡si te lo he dicho mil veces! ¿Cómo es posible que no lo entiendas, tontorrón? Hagamos una cosa: dame la mano.

—¿Cuál, mamá?

—La que quieras. Eso, muy bien. Ahora presta atención. En cada mano hay cinco deditos, ¿ves? El más pequeño, este, se llama meñique; el hermanito que está junto a él, anular; el más largo, corazón; el de al lado, índice; y el más gordo, pulgar. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Cinco dedos, ¿está claro? Como papá vuelve dentro de cinco días, a partir de mañana, cuando vayas a acostarte, cierras un dedo cada noche. Cuando no te quede ningún dedo porque estén todos cerrados y la mano se haya convertido en un puño, papá volverá a casa. Y ahora ve al baño. Te quitas la ropa, me llamas, y voy a lavarte y acostarte.

En el sueño ha notado los labios de papá sobre la frente. Después llega mamá, que la despierta acariciándole el pelo. Al abrir los ojos, ve su cara sonriente. Como siempre.

—Hola, mamá.

—Buenos días, pequeñina mía.

La coge en brazos. Baño.

—Mira qué vestido más bonito te he preparado para hoy.

El verde. Mamá le ha dicho que ese color se llama verde, como el del césped.

—¿Te gusta?

—*Tí*

—Bien. Ahora te vas a tu cuarto como una niña buena y te pones a jugar, que mamá tiene que irse a la oficina. Pórtate bien y no hagas ninguna trastada. Dentro de una hora viene Gemma, pero, si necesitas algo, vas a la habitación de tío Eugenio.

Es el hermano de papá, que es muy peludo y tiene una pierna torcida. Nunca sonríe, nunca sale de su cuarto y en la mesa tampoco habla, pero de vez en cuando, a escondidas, le da un caramelo.

A esas horas, el 28 no suele ir tan lleno. Erminia ocupa un asiento junto a la ventanilla y lo acomoda sobre sus rodillas para que pueda mirar la calle. En cierto momento, lo levanta cogiéndolo por las axilas.

—Dame la mano.

La mano de Erminia no es suave como la de mamá. A él no le gusta dársela.

Bajan en la parada habitual, echan a andar por el gran paseo arbolado y llegan a «su» banco de la glorieta. Erminia saluda desde lejos a una amiga y se sienta. Él, en cambio, ha visto que ya están allí Luca, Simone y Mara, sus amigos.

—*Quiedo id...*

—Ve.

El juego de esta mañana es una carrera de cochecitos de cuerda. Mara es la mejor, siempre gana ella.

Están sentados a la mesa, cenando. En los sitios de costumbre: ella al lado de mamá, y enfrente su hermano Angelo, que es dos años mayor, al lado de papá.

A ella le gustaba escuchar a papá y mamá cuando se hablaban, aunque no entendiera lo que decían.

Pero ahora papá y mamá ya no se hablan; más aún, ni siquiera se miran, como Angelo y ella cuando se han peleado.

De pronto advierte que mamá está llorando en silencio, aunque intenta disimular poniéndose la servilleta delante de la cara.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Tengo pupa.

Y, sin decir nada más, se levanta y se va al dormitorio. Al cabo de un momento, papá se levanta también y va a encerrarse en el despacho.

Hace unos días pusieron en el despacho una camita para papá. Mamá dijo que habían tenido que hacerlo porque papá ronca mucho y no la deja dormir.

Ahora oye reír a Angelo y levanta los ojos.

Su hermano está yendo de puntillas hacia la cocina. Al cabo de un momento, vuelve con una enorme porción de tarta entre las manos y empieza a comérsela.

—Ve a coger tú también.

No, ella no hará lo mismo que Angelo. Porque mamá ha dicho que la tarta es para mañana, cuando vengan los tíos, y que por eso no hay que tocarla. Ella es una niña obediente.

Pero ¿por qué *Popeo* está siempre durmiendo? Nada más comer, se pone a dormir. Se adormece después de hacer sus necesidades. Vuelve a dormir después de dar unas vueltas por la casa. Por la mañana, cuando mamá lo despierta, *Popeo* sigue

durmiendo a los pies de su cama. Y cuando va a acostarse, *Popeo* ya está allí dormido.

Un día se lo pregunta a mamá:

—¿*Pod* qué *Popeo* *duedme* tanto?

—Porque *Popeo*, como todos los gatos, es un animal que duerme de día y está despierto por la noche.

—¿Y qué hace?

—Va de caza.

—¿Qué caza?

—Debería cazar ratones, pero como, por suerte, en casa no hay, caza bichitos.

—¿Qué bichitos?

—Pues no sé, arañitas...

¡*Adañitas* no! Le dan pavor.

—Vámonos a *ota* casa.

—¿Por qué quieres irte a otra casa?

—*Podque* aquí hay *adañitas*.

—Pero ¡si te he dicho que está *Popeo*! No te preocupes, tesoro, que él se encarga de eso.

Él no añade nada, pero está seguro de que las cosas no son como dice mamá.

Él cree que *Popeo* también duerme cuando está oscuro.

Y una noche u otra las *adañitas* treparán por su cama, le morderán la nariz hasta hacerle sangre y se la arrancarán mientras *Popeo* sigue durmiendo tranquilamente.

Y además, ¿cómo pueden saber los mayores que *Popeo* está despierto por la noche, si todos ellos duermen?

—Dale un beso a papá —dice llorando tía Anna, la hermana de mamá.

Oye a mamá llorando también en la habitación de al lado y que tía Francesca, la otra hermana de mamá, dice:

—Ánimo, Michela, ánimo, tienes que ser fuerte...

¡Cuántos parientes en casa! Y todos han venido a ver a papá, que está durmiendo en el salón ¡dentro de una caja y completamente vestido de negro! Aunque su aspecto es un poco cómico, porque lleva corbata pero se le ha olvidado ponerse los zapatos.

—Dale un beso a papá —insiste tía Anna, empujándolo hacia delante.

Él se acerca, se pone de puntillas, se estira. La caja es demasiado alta, está apoyada sobre dos soportes; no llega. Entonces tía Anna se da cuenta, lo coge en brazos y lo inclina hacia papá. Él posa los labios sobre su frente.

—¡Papá tiene *fdío*! —exclama mientras lo dejan en el suelo.

A su tía se le escapa una especie de aullido, como los que profieren los lobos que salen en la televisión.

Le entra miedo y corre hacia el comedor, donde está sentado tío Carlo, el marido

de tía Francesca, hablando con otros hombres. Su tío lo coge de un brazo, lo sienta sobre sus rodillas, lo besa en la mejilla.

—*Quiedo id* con mamá.

—No, no vayas con mamá; tiene cosas que hacer y no quiere que la molesten. Ahora ya eres un hombrecito y puedes estar con los mayores.

Pero él no es un hombrecito y no quiere estar con los mayores.

—Entonces me voy a mi *cuadto*.

Está sentada en el suelo con la espalda apoyada en el tronco del árbol más bonito del jardín; papá le ha dicho muchas veces su nombre, pero a ella siempre se le olvida. Mira los dibujos de un libro de hadas que le ha comprado mamá. A su hermana Tilde le ha comprado otro casi igual, pero Tilde tiene tres años más y, aparte de mirar los dibujos, también sabe leer. Lo que pasa es que a Tilde no le gusta leer ni mirar los dibujos; a Tilde le gusta gastar bromas que le dan mucho miedo y la hacen llorar, y aunque en dos ocasiones mamá la ha dejado sin comer pasteles porque la había asustado mucho, Tilde sigue gastándole bromas. Tilde es mala.

Mírala, por ahí viene, pero ella finge no verla.

—¿Qué haces?

No le contesta.

—¿Qué haces?

—No quiero hablar contigo.

—Venga, no seas así. ¿Qué haces?

—Miro las hadas.

—Yo también quiero mirarlas.

Se sienta a su lado y le da un empujoncito con el hombro para conquistar una porción más ancha de tronco. Al cabo de un momento, pregunta:

—¿Por qué esa hada tiene dos narices?

A ella le parece que solo tiene una. Para verla mejor, se inclina hacia el libro que descansa sobre sus rodillas.

Y en ese momento nota la mano de Tilde en la nuca, y al punto algo horrible, una cosa larga y muy fría, empieza a corretear frenéticamente por su espalda, entre la piel y la camiseta. Se levanta gritando y echa a correr hacia la casa. Grita y llora tan fuerte que mamá sale asustada por la puerta de la cocina. Mientras tanto, la cosa fría parece haberse encallado en la goma de las braguitas. Ella se da manotazos en la espalda intentando ahuyentarla.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Ha sido Tilde!

—Espera —le dice mamá, poniéndose detrás de ella.

En un momento, le quita el vestido y la camiseta. La lagartija, que se había quedado atrapada, cae al suelo y corre a meterse bajo una piedra.

—No llores; era una lagartija pequeñita y ya se ha ido.



—Tilde es mala, mamá.

—Ahora me ocuparé yo de ella.

Y empieza a llamarla. Pero Tilde no contesta, no se deja ver.

—¡A saber dónde se habrá escondido! Voy a buscarla.

Mamá lo riñe mucho si algún día se hace pipí en la cama y por la mañana encuentra las sábanas mojadas.

—Si se te escapa, ve al baño.

Pero papá, al oírlo, se enfada con mamá.

—Pero ¿qué dices? ¿Quieres que el niño se levante de noche, con todo a oscuras, para ir al baño? Es demasiado pequeño para andar por la casa solo. ¡Ni siquiera sabe cómo se enciende la luz!

—Sí sé —replica él, orgulloso.

—Pero no llegas al interruptor.

Así que, un día antes de que papá se fuera, mamá le compró un pequeño orinal del mismo color que el cielo. Por la noche, a la hora de acostarse, mamá lo coge del cuarto de baño y se lo pone al lado de la cama, en el suelo.

Precisamente ahora se le está escapando.

Mamá siempre le deja encendida en la mesilla una lámpara que da una luz tenue. Y por eso enseguida se da cuenta de que esa noche a mamá se le ha olvidado llevarle el orinal.

No le queda más remedio que ir al cuarto de baño, que está justo después del dormitorio de papá y mamá.

El baño tiene dos puertas, una que da al pasillo y otra interior, para que papá y mamá puedan utilizarlo sin necesidad de salir al pasillo.

Baja de la cama. Fuera de su cuarto la oscuridad es total, pero a él nunca le ha dado miedo la oscuridad. Además, al final resulta que no está tan oscuro, porque por debajo de la puerta del dormitorio de papá y mamá se cuelga una franja de luz. Mamá debe de estar leyendo todavía.

Camina con seguridad, llega al baño y, a tientas, encuentra el tirador del armario: ahí está el orinal.

Pero se le ocurre una idea. ¿Por qué no lo hace en el retrete?

No. Siempre que tiene que hacer pipí, mamá lo coge en brazos porque, si no, el chorro caería fuera; aún es demasiado pequeño. Está a punto de cerrar la puerta del armario con la mano izquierda —no puede utilizar la derecha porque tiene tres dedos cerrados, lo que significa que ya falta poco para que vuelva papá—, cuando oye a mamá hablando en voz baja.

A lo mejor está hablando con papá por el teléfono que tiene en la mesilla de noche.

Pero después un hombre le contesta, también en voz baja. Así que no puede ser el

teléfono.

¡Es papá, que ha vuelto!

Le gusta mirarse en el espejo cuando lleva el vestido verde y los zapatos brillantes. Su camita todavía está deshecha; más tarde vendrá Gemma y lo pondrá todo en orden. Coge a *Gogghi*, que, como siempre, ha dormido con ella, la sienta en la cama de espaldas y empieza a cepillarle la larga melena rubia. *Gogghi* está desnuda; habrá que escogerle un vestido.

—¿Cómo *quiedes vestidte*?

No oye la respuesta de *Gogghi*, pero está segura de que quiere vestirse como ella, de verde.

—Hola, guapísima.

La voz de tío Eugenio la asusta; no lo ha oído entrar.

Se vuelve para mirarlo. El tío lleva pantalones y camisa, y en los pies, solo calcetines. A menudo no se pone zapatos porque dice que le duelen los pies. Está sonriéndole. Se agacha y le da un caramelo. Luego se sienta en la silla grande.

—Sigue peinando a *Gogghi*.

—Ya he acabado —dice ella.

No es verdad; ha dicho una mentira. Pero a *Gogghi* no le gusta que nadie la mire cuando la peinan, así que la tapa con la sábana. Le quita el papel al caramelo y se lo mete en la boca. Tío Eugenio sigue sonriéndole.

Esta vez, Mara no ha conseguido ganar; el cochecito ha chocado contra una piedra y se ha parado. Y el suyo y el de Luca han llegado los primeros a la vez, los dos juntos. El de Simone llega el último.

—¡He ganado yo! —proclama Luca.

—¡No, yo! —protesta él.

—Los dos —interviene Mara para poner paz.

Pero Luca no cede:

—¡He ganado yo!

—¡No, yo!

Entonces Luca le pega un empujón en un hombro. Luca tiene su misma edad, pero es más grande y fuerte. Él, que no se lo esperaba, cae al suelo de culo.

Se vuelve para mirar a Erminia, confiando en que no se haya dado cuenta.

Y, en efecto, Erminia no ha visto nada; está hablando con ese marinero que va a verla todas las mañanas y se sienta a su lado.

Algunas veces, el marinero le rodea los hombros con un brazo, pero esa mañana no lo hace; es más, el marinero levanta una mano hacia la cara de Erminia y ella se la agarra para detenerlo.

Nota que Erminia está muy enfadada y está riñéndolo, pero las palabras no llegan a sus oídos.

Se levanta.

—¿Hacemos *otda cadeda*? —propone Simone.

La despierta un lamento y se asusta. De noche, la lucecita azul está siempre encendida, así que ve a su hermano Angelo medio sentado en la cama. Es él quien se queja.

—¿Qué te pasa?

—Me duele la barriga.

¡Bien merecido lo tiene! ¡Con ese enorme trozo de tarta que se ha comido!

—Voy a *decídselo* a mamá.

—¡No!

Ella se queda mirándolo. De pronto, Angelo pone una cara rara, baja de la cama, apoya las dos manos en la mesilla de noche y empieza a vomitar.

¡Qué asco! ¡Qué mal huele!

Aprovechando que él le da la espalda, baja de la cama, sale y empuja la puerta de la habitación de al lado, la de papá y mamá, pero la puerta no se abre; mamá debe de haber cerrado con pestillo. Nunca lo había hecho. Entonces va corriendo al despacho para decírselo a papá. La puerta del despacho está abierta y dentro está oscuro.

—Papá... ¿Papá...?

Nadie contesta. Se acerca a la cama plegable y, a tientas, descubre que está intacta. Papá debe de haber salido. Vuelve sobre sus pasos y se detiene delante de la puerta del dormitorio.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Mamá tampoco responde. Le entra miedo, se pone a llorar y gritar.

*Popeo*, tumbado a los pies de la cama, duerme panza arriba. Él, en cambio, se ha despertado y no consigue volver a dormirse. ¡Quién sabe cuántas *adañitas* están recorriendo la casa a estas horas! Se le ocurre protegerse la nariz escondiendo la cabeza bajo la almohada, pero no lo hace, pues sabe que es inútil; las *adañitas* también pueden meterse ahí. No hay nada que hacer. La única defensa sería *Popeo*, que se come las *adañitas*. Pero *Popeo* duerme. ¿Por qué no hace lo que debería? Papá y mamá siempre le dicen lo que tiene que hacer y él lo hace. De lo contrario, no hay golosinas, no hay besito de mamá, no hay nada de nada. Lo castigan. A *Popeo* nunca lo castigan. Quizá habría que castigarlo. Así se aprende. Pero ¿qué castigo podría ponerle? Ya lo tiene: obligarlo a despertarse, levantarse y recorrer la casa cazando *adañitas*. En la cama grande, al lado de la suya, papá ronca y mamá duerme. Si se mueve despacio, no hay peligro de que lo oigan. Aparta muy lentamente la manta,

baja de la cama. *Popeo* no se ha despertado ni movido.

Debajo del armario tendría que haber un trozo largo de cordel que él escondió al fondo de todo, donde no llega la escoba. Junto con el cordel hay un corcho, dos monedas encontradas en el suelo y un botón dorado. Pero en este momento solo necesita el cordel.

Papá no debe de haber querido salir de la caja, y a lo mejor por eso al final han venido dos hombres y se lo han llevado. Entonces él se ha quedado solo en casa; se han ido todos menos tía Anna, que le ha preparado la comida. Después le ha dicho que se acostara. Y, cuando se ha despertado, tía Anna aún estaba allí.

—¿Y mamá? ¿Dónde está?

—En su habitación. Se sentía un poco cansada, ha ido a descansar. ¿Quieres ver los dibujos animados?

—Sí.

Lo sienta en la butaca y enciende el televisor. Luego se levanta mamá y lo coge en brazos, lo estrecha muy fuerte, lo besa, vuelve a sentarlo. Más tarde, tía Anna se va y mamá empieza a preparar algo para cenar. Poco después le dice que vaya a lavarse las manos, que la cena está lista.

Como le cuesta mucho llegar al grifo y abrirlo, y en vista de que mamá no está mirándolo, se lava con agua del bidé. Luego vuelve al comedor y se sienta en su sitio. Entonces ve que mamá ha puesto la mesa solo para él.

—¿Y tú, mamá?

—No tengo hambre.

Cuando termina de cenar, mamá enciende el televisor y le dice que se va porque necesita darse un baño. Al cabo de un rato, mamá regresa oliendo muy bien y apaga el televisor.

—Ahora ve a lavarte tú.

Él se lava y se pone el pijama. Después ve que mamá ha recogido la mesa.

—Esta noche duermes en la cama grande conmigo.

Él sonrío, feliz.

—No he conseguido encontrarla —dice mamá, regresando a la cocina—. Pero cuando vuelva va a oírme.

Ella sí sabe dónde está escondida Tilde. Al fondo del jardín, bastante lejos de casa, hay una cisterna seca, y dentro, una escalera de madera muy muy larga que va desde el borde hasta el fondo del pozo. Una vez vio entrar allí a Tilde sin que ella se diera cuenta. Está a punto de decirle a mamá dónde se ha escondido, pero se lo piensa mejor. Se le ha ocurrido una idea. Esta vez va a ser ella quien le gaste una broma a Tilde.

—Buenos días, Milena. ¿Ha habido llamadas? —le pregunta Matteo a su secretaria, que, al verlo entrar, se ha apresurado a ponerse en pie para abrirle la puerta del despacho.

Matteo está de mal humor. La reunión en el banco ha sido bastante más larga de lo previsto y lleva un retraso de una hora y media como mínimo; ya son más de las once.

¡Cómo no va a haber llamadas! Desde las ocho y media hasta las once menos diez, doce, pero Milena sabe que su jefe entiende por «llamadas» solo las privadas, las personales.

—Sí, cinco.

—Venga conmigo.

Mientras Matteo entra en el despacho, Milena se acerca a su mesa para coger un bloc de notas, y en ese momento suena el teléfono. Contesta, escribe algo en el bloc, cuelga y entra en el despacho de Matteo, que entretanto se ha sentado y aguarda impaciente, tamborileando con los dedos en la mesa.

Sobre esta no hay ni un papel, solo objetos de diseñadores famosos. Tres teléfonos, el ordenador, la impresora, un panel de mandos gigante con un montón de botones de diferentes colores, una lámpara de sobremesa, un portaplumas, una libreta de teléfonos con cubiertas de metal, y la foto de su mujer en un marco de plata.

La secretaria entra por fin y cierra la puerta. Matteo pulsa el botón rojo del panel de mandos, que está a su derecha; el piloto verde situado encima de la puerta por el otro lado se apaga, y se enciende el rojo, que significa prohibida la entrada a todos. Luego pulsa el botón amarillo para que las llamadas directas al teléfono de su secretaria lleguen a uno de los tres que hay sobre la mesa.

—¿Puedo empezar? —pregunta Milena, que ya se ha sentado.

—Espere. ¿Cómo se presenta la semana?

Milena ya comprende la lógica de ciertas preguntas de su jefe. Si la semana está cargada de reuniones de negocios, no habrá más remedio que reducir drásticamente el número de las citas privadas.

Pasa adelante y atrás algunas páginas del bloc, frunce la frente y tuerce la boca.

—Está bastante apretada.

—O sea...

—En teoría solo habría dos huecos para citas privadas. Pero siempre es posible que alguien no...

—Está bien, empiece.

En la lista de los doce nombres escritos en el bloc, cinco están marcados con un círculo rojo. Milena lee el primero.

—El doctor Jacopinelli. Dice que usted ya ha anulado dos veces la cita con él, y le ruega encarecidamente, por su propio interés, que no lo haga una tercera.

—¿Cuándo es? —pregunta Matteo, contrariado.

—El miércoles, de tres a cinco.

—Está bien, recuérdemelo.

Nadie va al dentista de buena gana. A menos que sea masoquista. Y él daría cualquier cosa con tal de no sentarse en ese maldito sillón. Con cuarenta años, tiene un físico perfecto sin haber recurrido nunca a gimnasios ni saunas. Solo los dientes dejan algo que desear.

—La señora Cusumano.

La de las fiestas de beneficencia. Pero ¿cuántas organiza? Con ochenta y cinco años cumplidos, ¿por qué no se decide de una vez a morirse? En fin, una tocada de cojones de mucho cuidado.

—Dígale que este mes es imposible. Estoy demasiado ocupado. Pero recuérdeme, de todos modos, que le mande un cheque.

—La señora Narducci.

¡Por fin! La única llamada que esperaba.

—¿Cuándo podría recibirla?

—O el martes a partir de las cinco y media, o el jueves, a la misma hora.

—Quedemos para mañana, martes.

Mejor no dejarle demasiado tiempo disponible. Podría echarse atrás.

—El arquitecto Pascucci.

—Que venga el jueves a las cinco y media.

Va a entregarle la factura por la reforma del chalet. Será una factura elevada, pero hay que reconocer que Pascucci ha hecho un buen trabajo.

—El señor Rocchi.

Ese apellido no le resulta desconocido, pero no logra identificarlo.

—¿Quién es?

—Ha dicho que fue compañero suyo de colegio y de universidad.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Gianni.

Casi da un respingo. Qué gran sorpresa. ¡Virgen santa! ¡Gianni! Hace más de diez años que se perdieron totalmente de vista. ¿Por qué da señales de vida después de todo este tiempo? La reaparición de Gianni podría resultar molesta, por no decir embarazosa. Por otro lado, ¿cómo podría negarse a hablar con él? ¿Cuál sería su reacción si le dijese que no? Quizá haya una solución.

—Mire, Milena, llámelo y pregúntele si quiere una cita. Si la respuesta es afirmativa, dígame que lo lamento, pero en estos momentos no tengo ni un minuto libre, y que vuelva a llamarme más adelante. Ahora pasemos a los negocios. ¿Quién es el primero de la lista?

Durante el descanso de mediodía, Matteo se limita a ir andando a un bar bastante alejado, tomarse un capuchino y volver. A veces asiste a comidas de trabajo, es cierto, pero son más bien una molesta excepción a sus costumbres.

A su regreso, le pregunta a Milena:

—¿Ha llamado a Rocchi?

—Sí, señor. Quería una cita, y le he dicho que vuelva a llamar más adelante.

—¿Y qué ha contestado?

—Se ha echado a reír y ha colgado.

Quizá haya sido un error no acceder a verlo enseguida.

En el coche, de regreso a casa para cenar, está muy nervioso, y el infernal tráfico lo pone todavía de peor humor.

Es consciente de que durante toda la tarde, en las reuniones, entrevistas y conversaciones telefónicas, no ha prestado atención a todas y cada una de las palabras y las pausas, suyas y de los demás, algo impropio de él.

En su interior había algo que lo distraía, y sabe de sobra qué es ese algo. Las carcajadas de Gianni referidas por Milena, que resuenan en sus oídos como si lo tuviera delante.

En la mesilla de la entrada hay un paquete dirigido a él. Viene de Tokio; el nombre del remitente es Himai Mansuoka. Sonríe.

¡Por fin ha llegado! No lo abre; lo deja encima de la mesa.

Anna está en el saloncito viendo la televisión.

—Hola.

—Hola.

—¿Está lista la cena?

—Faltan cinco minutos.

Vuelve a la entrada, coge el paquete, va a su despacho, abre con una llave la puerta de la derecha, enciende la luz, entra y cierra con llave.

Es un cuartito de tres metros por tres. A unos ochenta centímetros del suelo, un estante de madera noble se extiende a lo largo de las cuatro paredes. Sobre el estante, iluminados por focos, decenas de cuchillos de todas las formas y tamaños, colocados en fila. No son nuevos; algunos incluso están gastados por el uso. Cada cuchillo va acompañado de una tarjetita con el nombre de la persona que han matado con él. Son armas utilizadas para cometer crímenes famosos. La colección es fruto de largas horas pasadas delante del ordenador. Matteo abre con impaciencia el paquete llegado de Japón.

Con esa arma, alguien de Kioto degolló a cinco niños. La coloca entre un cuchillo procedente de Londres y uno comprado en Berlín.

Sale, cierra de nuevo, va al cuarto de baño y luego al comedor. Anna ya está sentada en su sitio. Antonia, la asistente, sujeta una humeante sopera. Está

esperándolo.

—¿Sabes quién me ha llamado hoy?

Anna, que está pelando minuciosamente una naranja, se limita a dirigirle una mirada interrogativa.

No se puede decir que se interese mucho por sus cosas. Nunca le ha hecho, por iniciativa propia, una sola pregunta relacionada con su trabajo. Pero al menos tiene la honradez de no fingir un interés que en realidad no siente.

—¡Gianni Rocchi! —anuncia. Y en vista de que ella continúa sin hacer ningún comentario, añade—: Hace más de diez años que no nos vemos.

Anna termina de pelar la naranja.

Cuando Matteo piensa que ha acabado la conversación, si es que se la puede llamar así, su mujer dice:

—En el instituto erais inseparables.

—Sí, y también lo fuimos en la universidad. Pero luego...

Ella se lleva el primer gajo de naranja a la boca, mastica, traga.

—¿Qué quería?

—Una cita.

—¿Se la has dado?

—No.

—¿Por qué?

—Tengo muchas cosas que hacer estos días.

—Es un poco raro.

Matteo, que también está metiéndose un gajo de naranja en la boca, se detiene. Le ha sorprendido la manera en que su mujer ha dicho esas palabras.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Teniendo en cuenta que erais tan amigos... Parecíais hermanos siameses. Estaba convencida, aunque no sé decirte por qué, de que habíais seguido viéndoos de vez en cuando.

—¡Qué va! Si ni siquiera sé dónde vive ni a qué se dedica...

Ella mastica otro gajo, traga.

—Yo lo sé.

—¿El qué?

—A qué se dedica Gianni.

Matteo la mira estupefacto.

—¿Cómo es eso?

—Porque leo los periódicos concienzudamente. No hago como tú, que solo miras las páginas de deportes y economía.

—Creía que solo leías los sucesos.

—Pues estabas equivocado.



—¿Por qué hablan los periódicos de Gianni?

—Es candidato para las próximas elecciones.

—¿En serio? —Podía imaginar cualquier cosa de Gianni excepto que se dedicara a la política—. ¿Con qué partido?

—Uno pequeño que se presenta por primera vez. Acción Comunista.

Cada vez sale menos de su asombro. Nunca había imaginado que Gianni fuera de izquierdas.

—¡Vaya, vaya! Así que Gianni es comunista, ¿eh?

—Pero se presenta con esa lista de independientes, en calidad de representante de los gais.

—¿Gais? —repite Matteo, ya abiertamente atónito.

—Lo ha declarado públicamente. Incluso lo han elegido presidente de una de sus asociaciones, no recuerdo cuál.

—¡Vaya, vaya! —repite Matteo.

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿Acaso no lo sabías? —Los ojos de Anna son dos rayos láser sobre él.

—Bueno, algo sospechaba.

—¿Solo lo sospechabas?

La muy arpía está haciéndole un interrogatorio en toda regla. ¿Por qué ha tenido la pésima idea de mencionar esa llamada? ¿Quizá porque, hablando con Anna, esperaba descargar un poco la tensión que le había provocado? En cualquier caso, ha sido una estupidez, porque sin duda Anna ha recordado lo que se decía en el instituto de Gianni y él.

—Sí, solo lo sospechaba —asegura, sin dar su brazo a torcer.

Y, tal vez para que se trague las insinuaciones que ha hecho en la cena acerca de Gianni y él, esa noche se la tira con todas las de la ley, la posee casi con brutalidad.

Anna no se sorprende, no protesta y no participa; se deja hacer, como siempre, con una especie de abúlica pasividad que, en vez de desanimarlo, lo excita más, lo empuja a humillarla, a degradarla.

Sin embargo, ella nunca se rebela; se somete.

Entre sus brazos se queda completamente inerte, es una especie de muñeca hinchable a la que uno puede colocar en todas las posturas imaginables.

Después, Matteo tarda un poco en conciliar el sueño. En cambio, Anna se ha dormido enseguida a su lado.

En los dos últimos años ha sentido con frecuencia la tentación de dejarla e irse de casa. Pero siempre ha tenido que reprimirse. Porque, aunque sabe que la vertiginosa carrera que ha hecho se la debe a su inteligencia y habilidad, también es consciente de que esas cualidades no habrían servido de nada si no hubiera contado con el dinero de Anna.

En resumen, todavía no puede dejarla, porque las tres cuartas partes del capital de la empresa le pertenecen a ella. No llegaría a encontrarse con una mano delante y otra detrás, eso no, pero tendría que esforzarse mucho, y con demasiada incertidumbre, para reconquistar la posición de la que disfruta ahora.

—La señora Narducci al teléfono —anuncia la secretaria.

Matteo está hablando por otro aparato.

—Pásemela dentro de un minuto.

¿Por qué ha llamado? ¿Habrá ocurrido algo que le impide ir por la tarde, como habían acordado? Termina la conversación, cuelga, el otro teléfono empieza a sonar, contesta.

—Perdona, pero no sé si... no sé si podré...

Las frases dejadas a medias lo ponen de los nervios.

—¿No puedes venir? ¿Ha surgido algún contratiempo?

—No, ninguno, pero...

¡Joder! ¡Acaba la frase de una maldita vez!

—¿No te atreves?

—Sí, exacto.

—Entonces, ¿por qué no me dices ahora, por teléfono, lo que querías decirme?

—¡¿Por teléfono?! —replica ella, escandalizada.

—¿Por qué no?

—Pues porque sería demasiado largo de explicar, y además...

Tal vez haya que cambiar de estrategia, no mostrarse demasiado interesado en verla.

—Mira, entonces hagamos una cosa: yo te espero a las cinco y media. Si vienes, bien. Si no...

Esta vez es él quien deja la frase en suspenso a propósito.

\* \* \*

—Disculpe, pero en la otra línea tengo al señor Rocchi.

—Pero ¡bueno! ¿No le dijo que llamara más adelante?

—Así es, y se lo he recordado, pero quiere saber cómo debe entender ese «más adelante». ¿Una semana, quince días...?

Matteo se enfada.

—Dígale que un mes.

—De ac...

—Espere. No cuelgo. Dígame su respuesta.

Matteo oye la voz de Milena, pero no distingue las palabras.

—Dice que, como le encantaría verlo aunque solo fueran cinco minutos, estaría

dispuesto a esperarlo en la puerta de su casa cuando usted llega o se va.

¡Joder! ¡Solo le faltaba eso! ¡Igual se encuentra con Anna!

—Mire, Milena, démosle una cita y no se hable más.

—¿Para cuándo?

—Lo antes posible, decídalo usted.

Al cabo de cinco minutos, Milena vuelve a llamar.

—Para que reciba al señor Rocchi, he tenido que anular otra vez la cita del miércoles con el doctor Jacopinelli.

—Ha hecho muy bien.

—Ha llegado la señora Narducci —anuncia la secretaria.

Las cinco y treinta y dos minutos.

—Que entre. Y no me pase ninguna llamada.

Matteo se levanta y va al encuentro de Rena. Se dan un abrazo y sendos besos en las mejillas.

Él la guía hacia el saloncito que hay en una esquina. La habitación es muy grande, hay incluso una mesa de reuniones para doce personas. Luego va hasta su escritorio, pulsa el botón rojo y finalmente se sienta al lado de Rena en el sofá.

Se sonríen.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—Regular.

Se vieron el sábado anterior, como de costumbre, en casa de Fabio. Ella, aprovechando un momento en que podían hablar sin que los demás los oyeran, le dijo que necesitaba verlo en privado lo antes posible. Y se quedó mirándolo con esos ojos increíblemente verdes que tiene.

Él se controló muy bien; no le preguntó para qué, solo dijo, y en un tono deliberadamente apresurado, que lo llamara al despacho el lunes por la mañana. Y le dio el número. Rena no tenía nada para escribir. Él empezó a buscar en los bolsillos un trozo de papel; le parecía ridículo darle una tarjeta de visita. Pero ella lo detuvo.

—No te preocupes, no se me olvidará.

—¿Estás segura?

—Tengo buena memoria.

Hacía tiempo que la atracción entre ambos aumentaba de sábado en sábado: ojos que se buscaban, miradas prolongadas, apretones de manos que eran caricias, besos en las mejillas presionando demasiado los labios... Al principio se había quedado bastante sorprendido, porque sabía que entre ella y Fabio había algo. Después no había tenido más remedio que convencerse de las inequívocas intenciones de Rena, que sin duda se había cansado de Fabio. Ahora le había llegado su turno. Pero ninguno de los dos se decidía a dar el primer paso. Al final lo había dado ella, en el momento justo.

Se despierta de mal humor porque ha dormido mal, ratos de media hora de sueño alternados con ratos de media hora de ojos como platos, estos últimos dedicados más que nada a imaginar la muerte repentina por infarto del profesor Fasanotti, que debería producirse esa misma mañana mientras cruza la puerta del aula. Y luego, al difunto expuesto en el aula magna. Y los solemnes funerales entre el duelo general.

Cuando abre la ventana, el sol le corta la cara con la violencia de un sablazo y se queda unos instantes deslumbrado. A finales de febrero, un día así está totalmente fuera de lugar, es un regalo inesperado.

Y su mal humor crece, porque en una mañana como esa es simplemente absurdo, contra natura, ir a encerrarse en el instituto, donde lo espera el examen oral ante Fasanotti, que se guardará mucho de caer redondo en el umbral del aula.

Que el profesor Fasanotti es un facha no admite discusión. Pero es que además hay un agravante: es un cabrón de mucho cuidado. Di Giacomo, por ejemplo, es indudablemente un facha, pero también un hombre inteligente con el que incluso se puede hablar.

No es que no haya estudiado; en realidad, en los últimos días no ha hecho otra cosa. Se siente preparado. Con otro profesor, seguro que sacaría una nota alta. Pero Fasanotti, por el gusto de joderlo, a saber qué mierda de preguntas le hará; quizá ni siquiera el propio Hegel estaría en condiciones de contestarlas.

Se lava, se viste, va a la cocina a desayunar.

Su padre ya se ha ido, como de costumbre. Su madre, mientras calienta el café con leche, le pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada. He dormido mal.

—¿Por qué? ¿Qué comiste anoche?

Ya empieza. ¡Qué pelmaza!

Como la noche anterior fue con unos amigos a una pizzería, su madre va a hacérselo pagar. No soporta que nadie coma fuera de casa; según ella, ir a un restaurante, aunque sea de cinco tenedores, o a una pizzería para multimillonarios, significa envenenamiento casi garantizado.

—Mamá, ¿a ti qué te parece que se come en una pizzería? Pizza, ¿no?

Sale y monta en el escúter. Está un poco distraído a causa de Fasanotti, y a menos de cien metros del instituto casi choca con otra moto. La de Giulia.

En vez de continuar juntos hacia el instituto, paran, con un gesto casi simultáneo ponen un pie en el suelo, se sonríen.

—Hola, Fabio.

—Hola, Giulia.

—Date prisa, o perderás el autobús —le dice su padre saliendo de prisa para ir a la oficina.

Es su padre quien le prepara el desayuno todas las mañanas, porque su madre se queda en la cama hasta tarde. Pero Andrea sabe que la frase paterna es solo algo ritual. Mejor dicho, una de las innumerables tocadas de cojones que idea a diario.

Todavía dispone de cinco minutos para coger una a una, entre el índice y el pulgar, las miguitas de los dos *brioques* que ha comido y metérselas en la boca. Hace lo mismo en la comida y la cena con las miguitas del pan. Recoge incluso las más minúsculas arrastrando la hoja de un cuchillo por el mantel. Es una fijación, una manía, de acuerdo, pero no puede evitarlo; no consigue levantarse de la mesa hasta que todas han desaparecido.

Cuando sale, el autobús se aproxima a la parada, así que tiene que echar a correr. La mochila se le engancha con algo mientras está subiendo y por poco acaba devuelto a la acera. Por fin, la puerta automática se cierra a su espalda. Está jadeando.

Anna se sienta siempre en una de las plazas que hay justo detrás del conductor; la otra la reserva para él.

Y, en efecto, ahí está, indicándole con un gesto que se acerque. Se quita la mochila y se sienta. Se sonríen.

Medio edificio del instituto, prácticamente toda el ala derecha, fue declarado inhabitable hace seis meses, y ya han montado los andamios para empezar las obras, pero todavía no se ha visto a un solo albañil. Parece que han descubierto una irregularidad en el concurso público para la adjudicación de la contrata, y por eso está todo paralizado. Una decena de clases se han trasladado a otro colegio.

Matteo fuma paseando solo por el patio. Entre los compañeros de clase no tiene más que un amigo, al que conoce desde que empezó el instituto. Desde entonces son inseparables. Los compañeros están repanchigados al sol inesperado, charlan y ríen. Están todos, solo falta Gianni.

¡A ver si resulta que hoy se salta la clase! Ayer por la mañana le dijo que no se encontraba muy bien. Por la tarde no se vieron. Debería haberlo llamado. Suena el timbre, los estudiantes empiezan a entrar, casi de mala gana, estaban tan bien fuera... Cuando el patio se queda prácticamente vacío, llega Gianni corriendo.

—¿Qué te ha pasado?

—El tráfico.

Se sonríen.

Renata, a quien llaman Rena, puede quedarse a holgazanear por lo menos hasta las

nueve.

Durante dos años no ha estado en condiciones de ir a clase; una larga y variada serie de enfermedades se ha ensañado con ella, obligándola a ir y venir de su cama a una de hospital.

Por eso, una vez recuperada, sus padres han decidido que tome clases particulares para poder presentarse por libre al examen de bachillerato.

—¡Vamos, arriba! —exclama su madre, entrando en la habitación y abriendo la ventana—. ¡Levántate! ¡Hace un día espléndido!

Rena se incorpora a medias y su madre le coloca las almohadas a la espalda. Luego sale, regresa con una bandeja y se la pone sobre las piernas. Lo de desayunar en la cama es un privilegio heredado de los años de enfermedad.

—A partir de mañana irás a desayunar a la cocina —dice, sin embargo, su madre.

Café con leche, zumo de naranja, tostadas con mermelada. Tarda media hora larga en tomárselo todo. Después deja la bandeja encima de la mesilla de noche y va al baño. Está sentada en la taza mirándose los pies, consciente de que los tiene muy bonitos. Como todo el cuerpo, por lo demás. Es curioso que dos años de enfermedad no le hayan estropeado el físico; al contrario. Luego deja caer el camisón al suelo, abre el grifo de la ducha y se pone bajo el chorro.

Se queda bastante rato; necesita sentirse limpia porque ayer por la noche, antes de dormirse, se acarició largo rato.

¿Y si mandara a tomar por saco a Fasanotti?

La idea se le ocurre de repente cuando está a diez metros de la verja del instituto. Hay que tomar la decisión rápido. Venga: ¿dentro o fuera? Fuera. Ya está. Pasa de largo, se para, se vuelve para ver qué hace Giulia. Ella, que lo ha visto continuar, se detiene. Está mirándolo sin decir nada. Entonces él echa a andar de nuevo, pero despacio. Giulia se le acerca.

—¿Qué quieres hacer?

—Me voy unas horas a Monticello. ¿Te vienes?

—Vale.

Sus padres tienen un chalet en Monticello, en pleno campo, donde pasan algunos fines de semana. Alrededor de la casa hay una hectárea de tierra con muchos árboles frutales, de los que se ocupa un campesino que vive cerca.

Se llega en una hora. Fabio tiene un juego de llaves.

Van hablando de una profesora, la señora Anselmi, que tiene cincuenta años y acude al instituto vestida como una actriz de cine mudo, cuando el autobús frena tan bruscamente que Anna sale despedida y se golpea la cabeza contra la mampara de cristal que delimita el espacio del conductor. Los pasajeros protestan. Por suerte, iban

todos sentados.

—¿Te has hecho daño?

—Un poco, pero no es nada.

Entretanto, el conductor, maldiciendo y con el semblante descompuesto, abre la puerta automática y baja de inmediato. Andrea se levanta y va tras él. Anna se apea también, seguida de los otros pasajeros.

Antes de entender lo que ha pasado, Andrea oye gritos desde las dos aceras y ve que algunas personas corren hacia el autobús. Da unos pasos y entonces lo ve: el conductor, arrodillado en el suelo, se tapa la cara con las manos y se balancea adelante y atrás diciendo palabras incomprensibles. Uno de los presentes se apresura a pedir una ambulancia.

La rueda delantera derecha cubre parcialmente el cuerpo aplastado de una mujer. A juzgar por la ropa, debe de ser bastante mayor.

—Pero ¿cómo ha sido? —pregunta alguien.

—¡Ha aparecido delante del autobús de repente! —balbucea el conductor.

Un ancho hilo de sangre roja y densa empieza a salir de debajo del vehículo; la calle tiene un poco de pendiente, el reguero toma velocidad sobre el asfalto y pasa tocando los zapatos de Andrea, que, sin embargo, no se mueve.

Súbitamente, la mano de Anna agarra la suya, las uñas se le hincan en la muñeca. Ella ha apoyado el cuerpo contra su espalda, le aplasta con fuerza los pechos duros un poco por debajo de sus omóplatos, tiene la boca entreabierta a la altura de su oreja, jadea cada vez más deprisa, empieza a quejarse despacio hasta que termina con una especie de gemido sofocado.

Después permanece pegada a él, inerte. Andrea ha tardado menos en alcanzar su goce.

Matteo y Gianni se sientan en el mismo banco. El último de la segunda fila.

La señora Porcu ha llamado a Arturino Filo a la pizarra. Es una verdadera sádica. Es imposible que no advierta que Arturino lo tiene tan poco preparado que ni siquiera entiende las preguntas que le hace, pero continúa torturándolo en lugar de mandarlo a su sitio con un dos.

Insiste con una sonrisa divertida, una sonrisa que empieza a tornarse maliciosa a medida que Arturino está cada vez más sudoroso, moviendo los pies y las piernas como si se le escapara el pipí.

—Esa cabrona está machacándolo —susurra Matteo.

—Es una venganza —dice Gianni.

—¿Por qué?

—Ella se apellida Porcu, y el apellido de Arturino es Filo, ¿no? O sea, que es una venganza de los puercos contra el filo de los cuchillos que los degüellan.

A Matteo le entra una risa que solo consigue contener a medias. La profesora se

vuelve y lo mira con ojos gélidos.

—¿Te ríes de la ignorancia de tu compañero?

—¡No me estaba riendo!

—¿Ah, no? ¿Y qué hacías?

—Estornudaba.

—¿Estás resfriado?

—Un poco.

—Si es así, podrías contagiar a los demás. Sal y quédate fuera hasta que acabe la clase.

Matteo se levanta y sale. La señora Porcu continúa martirizando a Arturino. Diez minutos antes de que termine la clase, Gianni pide permiso para ir al lavabo. Matteo no está en el pasillo. Pero Gianni sabe dónde encontrarlo.

Rena sale del portal de casa, llega a la esquina, gira a la derecha y enseguida ve el biplaza deportivo de Mauro parado junto a la acera. Poco antes de llegar a la altura del coche, la puerta se abre. Pero ella sigue andando sin hacer caso de la invitación.

Al cabo de un momento, Mauro está a su lado.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que te lleve?

—Esta mañana no me apetece. Prefiero andar un poco. Perdona.

—Como quieras. ¿Puedo hacerte compañía?

Ella no responde; se encoge de hombros.

—¿Me has cogido manía?

—¿Por qué iba a cogerte manía?

Mauro no contesta. El día anterior, cuando se detuvo ante la casa del señor Ribechi, el profesor que le da clases particulares a Rena, le metió la mano entre las piernas y luego, en vista de que ella no decía nada, se aventuró a subirla un poco más.

—¿Cuándo acabas?

—A la una.

—Oye, ¿no puedes arreglártelas para salir una hora antes?

—Tal vez.

—Entonces hazlo.

—¿Por qué?

—He descubierto una pastelería siciliana donde preparan unos *cannoli*...

—No sé... —Pero, sin darse cuenta, se ha relamido rápidamente los labios. Es muy golosa, le encantan los dulces.

Mauro está seguro de haberla convencido.

—Ahora voy a la oficina y a mediodía vengo a recogerte, ¿de acuerdo?

Ella vuelve a encogerse de hombros y entra en el portal. Mauro regresa deprisa hacia el coche. Tiene muchas cosas pendientes en la empresa que dirige, pero, aunque él pasa de los cuarenta, esa chica, hija de un amigo suyo, tiene el poder de



trastornarlo. Es la primera vez que le sucede algo así. ¡Y mujeres ha tenido muchas!

Mientras Fabio cierra la gran verja, Giulia se dirige hacia un sendero que desemboca en una glorieta con dos bancos y una sencilla fuente en el centro. Escoge el banco que está completamente expuesto al sol. Fabio se reúne con ella y se quita el jersey porque hace calor. Giulia lo imita, se tumba en el banco y apoya la cabeza en las piernas de Fabio. Tiene los ojos cerrados.

Dos guardias municipales han cortado la calle para que no pasen coches. A lo lejos se oye la sirena de la ambulancia.

—Tenemos que ir a pie —dice Andrea.

—Vale.

Salen a codazos del grupito de curiosos congregados delante del autobús, y empiezan a andar sin cruzar una palabra sobre lo sucedido. De vez en cuando se miran, ambos perplejos y maravillados.

Ha sido como un cortocircuito violento e inesperado.

Se mantienen cuidadosamente alejados uno de otro, pues saben que el mínimo contacto físico podría tener consecuencias imprevisibles.

O, mejor dicho, muy fácilmente previsibles.

\* \* \*

Gianni recorre deprisa el pasillo y sube la escalera que conduce al tercer piso. Allí hay otro pasillo interrumpido por un tabique de madera, más allá del cual empieza el ala desmantelada del instituto. A un lado del tabique, una puertecita también de madera, cerrada. Basta con empujarla para que se abra.

La última puerta de la izquierda es la de su antigua aula. Matteo está allí, sentado en un banco.

Está haciéndose un canuto. Antes de encenderlo, le pasa la bolsa y el papel de fumar a Gianni.

Por suerte, Mauro no conoce a Ribechi. Cuando le preguntó por él, Rena, a saber por qué o sabiéndolo de sobra, se lo describió como un viejo aburrido que, entre otras cosas, se lavaba poquísimos. Sin embargo, Ribechi posiblemente tiene unos años menos que Mauro y desde luego es más atractivo. Les da clases particulares a ella y otras dos chicas, Norma y Lietta, a cual más antipática.

Pero es evidente que Ribechi tiene predilección por Rena. Vive con su madre, que debe de estar muy encima de su querido hijito, porque de vez en cuando se asoma a la

habitación a echar un vistazo.

—Profesor, hoy debo irme a mediodía porque tengo una visita de control.

Ribechi sabe que ha estado enferma mucho tiempo.

—Está bien. Por cierto, chicas, mañana no podré daros clase. Nos vemos pasado mañana.

A Rena se le ocurre enseguida no decírselo a sus padres. Total, no se enterarán. Así podrá salir como si fuera a clase y se irá por ahí sola. Ojalá haga también un día espléndido. O quizá le diga a Mauro que la acompañe. Ya verá. Según como le dé.

Gianni se levanta. Matteo se sube la cremallera de los vaqueros. Se sonríen.

—¿Volvemos a clase o nos quedamos? —pregunta Gianni.

—Volvemos.

Salen del aula. Gianni abre con cautela la puertecita del tabique. Nadie a la vista. Todos han preferido ir al patio a disfrutar del sol. Mientras bajan la escalera, suena el timbre del final del recreo.

—Ve tú delante —dice Matteo.

—¿Por qué?

—Es mejor que no nos vean siempre juntos. Empiezan a pitorrearse de nosotros, ¿no te has dado cuenta?

Pero, al poco, andar uno al lado del otro se vuelve también insoportable. Sienten que sus cuerpos reclaman con urgencia no un abrazo, sino algo más, un enfrentamiento, una lucha violenta.

—Espera un momento —dice Andrea, deteniéndose delante de una puerta medio arrancada donde pone: «Prohibida la entrada a toda persona ajena a la obra».

Entra, permanece a la escucha. No se oyen ni pasos ni voces. La garita está abandonada, se nota por la puerta de cristal abierta. Dentro de la garita hay otra puerta, pero cerrada.

Andrea entra, gira la manilla y la puerta se abre. El cuartito está vacío.

A continuación sale, se reúne con Anna en la calle, la coge de la mano, jadeando como si hubiera corrido un buen rato, la lleva hasta el interior del cuartito, cierra la puerta. ¡Todavía está la llave! Nadie los molestará. Se vuelve para mirar a Anna, que emite una especie de gemido mientras se desnuda.

Giulia duerme profundamente, pero Fabio decide despertarla. El sol le ha enrojecido la cara, pues tiene una piel delicadísima.

—Despierta, Giulia. ¡Giulia! —la llama, acariciándole la frente.

Ella abre los ojos.

—¡Madre mía, estoy ardiendo! —dice tocándose la cara.

Se levanta, corre hacia la fuente para refrescarse. Vuelve al banco goteando.

—Estoy toda sudada. Me daría una ducha.

—Yo también.

Se dirigen hacia la casa. Fabio abre la puerta.

—Tú ve a la de arriba.

Él va al cuarto de baño de la planta baja. Tarda poco. Se viste y se dirige al piso de arriba. La puerta del baño está abierta de par en par. Giulia está peinándose. Luego deja caer al suelo la toalla que la cubre.

Fabio se agacha, recoge del suelo el sujetador y las bragas, se los tiende.

\* \* \*

Mauro ha conseguido aparcar justo delante del portal. En cuanto ve aparecer a Rena, le abre la puerta. Pero ella no sube al coche, sino que se inclina un poco hacia él apoyando las dos manos en el techo.

—Oye, he cambiado de idea.

—¿No vienes?

—No.

—Entonces, ¿por qué has salido una hora antes?

—Porque estaba medio decidida a ir a comer los *cannoli*, pero en el ascensor he cambiado de idea.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Mauro baja, rodea el coche. Ella no se ha movido.

Como hace calor, lleva la chaqueta doblada sobre un brazo. Los vaqueros le moldean un trasero impresionante.

—Estoy aquí, detrás de ti —le dice Mauro.

Ella se vuelve y lo observa como si fuera la primera vez que lo ve.

—¿Sabes qué he pensado?

—No.

—Que un *cannolo* no estaría mal —responde subiendo al coche.

Mauro arranca, acelera. Tardan unos veinte minutos en llegar.

La manera que tiene Rena de comerse el *cannolo* vuelve loco a Mauro.

Sujetándolo entre el índice y el pulgar, se lo acerca a la boca, saca la lengua, la mete dentro del *cannolo*, la retira con un poco de *ricotta*, se la come, saca de nuevo la lengua, ahora perfectamente rosada, y vuelve a meterla en el *cannolo*, pero esta vez girándola ligeramente.

Cuando se ha comido toda la *ricotta* accesible con la lengua, decapita el *cannolo* con una dentellada seca y empieza de nuevo la operación desde el principio.

Se come dos seguidos.

En el coche, durante el camino de vuelta, Mauro le pone la mano entre los muslos.

Ella parece no percatarse; continúa lamiéndose los labios.

—¿Sabes qué? —dice—. Mañana por la mañana no tengo clase.

Y ahora la tiene delante.

—No te imaginas cuánto me alegra que hayas querido verme —empieza Matteo.

—A mí también... —dice Rena, y se interrumpe, ruborizada.

Aprendió a ruborizarse a voluntad hacia los veinte años. Es fácil y se le puede sacar bastante partido. En efecto, Matteo pone una mano sobre la suya.

—¿Qué pasa, Rena? —pregunta con voz de confesor, mirándola a los ojos.

Ella aparta la mirada.

—Ahora que estoy aquí... —Se interrumpe de nuevo, se ruboriza más, traga saliva—. Me siento un poco avergonzada.

—Vamos, Rena, ¿desde cuándo nos conocemos?

—Desde que empezamos el instituto. Pero después yo estuve muy enferma y...

—Pero ¡volvimos a vernos en la universidad! ¡Nos conocemos prácticamente de toda la vida! Y, además, ¿qué estamos haciendo para que tengas que avergonzarte?

Ella se da la vuelta para mirarlo. Largamente, tan largamente que Matteo pierde el control, se inclina e intenta besarla en la boca. Rena lo detiene, lo rechaza. Pero con delicadeza.

—No. —Y añade—: Perdona. —Luego, volviendo la cabeza hacia otro lado, dice —: He venido para pedirte consejo.

Matteo se siente decepcionado.

¿Se había equivocado, entonces, en su interpretación de las miradas, los apretones de manos y los besos supuestamente amistosos? ¿Tal vez Rena necesita dinero? ¿O quizá su marido se ha metido en algún lío? A Andrea no está dispuesto a darle ni un euro; a ella, todos los que quiera. Dentro de unos límites razonables, claro. Rena vuelve a hablar:

—He pensado acudir a ti porque con las otras mujeres del grupo... incluso con Anna, lamentablemente...

Así que no se trata de dinero. Pero acaba de decir una gran verdad: todas la detestan, empezando por Anna. La consideran una zorra. Y, la verdad, no andan muy erradas.

—Y, de los hombres, tú eres el único que puede comprenderme.

Él, el elegido, no dice nada; es mejor dejar que siga con su monólogo.

—No creo que tu matrimonio con Anna vaya bien.

Matteo da un respingo. El súbito cambio de tema lo ha sorprendido desagradablemente. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Me he dado cuenta. Los demás quizá no, pero yo... —continúa Rena.

Esa costumbre de no terminar las frases es francamente insoportable. Al cabo de un momento prosigue:

—He hecho comparaciones.

—¿Con quién?

—Con Andrea y yo.

—Ah.

Eso significa una cosa inequívoca: que su matrimonio tampoco va bien.

—Estamos exactamente igual.

—Pero ¿tanto se nota que entre Anna y yo no funcionan las cosas?

Está un poco preocupado. No le hace gracia que sus amigos hayan podido advertirlo.

—No; ya te lo he dicho. Solo puede percibirlo quien se encuentra en la misma situación.

Menos mal.

—Perdona, pero Andrea y tú solamente lleváis casados...

—Sí, tres años. Pero las cosas empezaron a ir mal ya en el segundo.

—¿En qué sentido?

—Me resulta difícil incluso explicármelo a mí misma. Pero creo que él sigue queriéndome como el primer día.

—¿Y tú?

—Yo... —Pausa. Suspiro profundo—. Yo he llegado al convencimiento de que casarme con él fue un error. Quizá Andrea debería haber seguido siendo el gran amigo que era. He llegado a decirle cosas que casi no me habría dicho a mí misma. Un verdadero amigo. Pero como marido... ¿Comprendes?

Matteo comprende. Comprende a la perfección. Pero quiere que sea ella quien lo diga. Con esa boca que te hace pensar solo en una cosa. Por eso finge haber malinterpretado sus palabras.

—Creo que sí. Pero, si he entendido bien, no creo que pequeñas desavenencias entre vosotros puedan...

—¿Desavenencias? —salta Rena.

—Bueno, sí, me ha parecido...

Ella saca la punta de la lengua, se la pasa por los labios, se vuelve hacia la ventana. De repente, se vuelve de nuevo hacia Matteo, lo mira a los ojos. Es evidente que ha tomado una decisión.

—Lo cierto es que ya no soporto a Andrea. No lo aguanto más.

—¿En qué sentido?

¡Decídetes a decirlo de una vez!

—Quiero decir físicamente. Cuando me abraza, siento... que me cierro por completo. Mi cuerpo lo rechaza. Se me pone la piel de gallina. Después... a veces... voy al baño a vomitar.

Y se ruboriza.

El sonrojo, largamente estudiado, también debería producir un efecto seguro. Esta vez, él le coge las dos manos, se acerca más.

—¿De verdad?

Ella asiente con la cabeza, mirando hacia abajo.

Matteo alargaba una mano, la apoya en su barbilla, la obliga a mirarlo.

—¿Te pide que hagas cosas que...?

—También.

—¿Qué cosas?

Ella hace un gesto vago y se da la vuelta.

—Pero incluso cuando... no me pide que haga esas cosas y todo se desarrolla... normalmente, incluso entonces, yo... No sé si me entiendes.

Él la obliga de nuevo a mirarlo y le acaricia una mejilla. Nota que está ardiendo.

—¡Pobrecita!

Y Rena continúa mientras dos gruesas lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas:

—Es una tortura insoportable que se repite todas las noches.

Habla como en una telenovela brasileña. Por lo demás, ese es su nivel. Pero ¿qué ha dicho? ¿Todas las noches? ¿Después de tres años de compartir cama? ¡Pues sí que va fuerte Andrea!

—¿Qué debo hacer? ¿Pedir el divorcio? Pero ¿cómo? ¿Y por qué? ¿Quién va a tomarse en serio mis razones?

Ahora llora sin contención.

Él abre los brazos en un gesto paternal.

—Anda, ven aquí.

Rena se le echa encima, él la abraza. Empieza a acariciarle los pechos con cautela. Ella se le pega más.

Matteo echa un vistazo al reloj de pared. Todavía dispone de una hora.

Rena ha pegado los labios a los suyos. Beso larguísimo. Cuando se pone en pie, Matteo se ha quedado casi sin aliento.

Pero tiene que ir a pulsar el botón azul que bloquea la puerta; así nadie podrá entrar por error.

\* \* \*

Cuando, al día siguiente, la secretaria le comunica que Gianni ha llegado, Matteo no pulsa el botón de la luz roja; así, Milena sabe que no se trata de una conversación tan reservada que no pueda interrumpirse.

Más vale ser prudentes, solo faltaría que empezaran a circular otra vez los rumores de los tiempos del instituto y la universidad. Entonces podía pasárselos por el forro, pero ahora no, con esa cabrona de Anna que quizá esté esperando una oportunidad para ponerle la zancadilla.

Sale al encuentro del amigo recuperado con los brazos abiertos, se alegra realmente de volver a verlo.

Y Gianni es asombroso, no ha cambiado en absoluto en estos diez años. La misma cara de ángel caído por error en la Tierra, la misma mirada un tanto atónita, el largo cabello rubio, el cuerpo...

Se liberan del abrazo, van a sentarse al sofá.

Se sonríen.

—Te veo muy en forma —dice Gianni.

—Pues tú no te quedas atrás.

Gianni hace un amplio gesto con el brazo que incluye no solo el despacho, sino también a la secretaria personal, la segunda secretaria, los empleados y las tres plantas del edificio que ocupan las oficinas de la empresa.

—No te va mal.

—No puedo quejarme.

—Ahora entiendo por qué es tan difícil conseguir una cita contigo. ¿Mucho trabajo?

—Uf, mejor cambiamos de tema.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Con quién?

—La conoces, supongo que la recordarás. Una compañera nuestra del instituto: Anna Rovida.

—¿¡Anna?! Pero ¿no...? —Se calla.

—Sí —contesta sonriendo Matteo—, estaba con Andrea. Pero eso es agua pasada.

—¿Tenéis hijos?

—No. Anna no quiere.

—¿Puedo fumar? —pregunta Gianni.

—¡Claro! Voy a buscar un cenicero.

Lo tiene guardado en un cajón para evitar que a alguien le entren ganas de encender un cigarrillo. Detesta el humo. Pero por Gianni está dispuesto a hacer una excepción.

Su amigo, que conoce su aversión al tabaco, se ahorra el gesto inútil de tenderle el paquete.

—Me he enterado de que te presentas a las elecciones —dice Matteo.

—Así es.

—¿Cómo es que te has hecho de izquierdas?

Durante su relación de amistad, pocas veces hablaron de política. Pero, en esas raras ocasiones, Gianni expresaba ideas que claramente tendían hacia la derecha.

—¿Y cómo es que tú te has pasado a las mujeres?

La pregunta se formula con aspereza; mejor no aceptar el desafío. Cuando Gianni saca las uñas, las clava hasta hacer sangre.

—¿Por qué desapareciste?

—Después de licenciarme, como sabes, regresé al pueblo, empecé a hacer



prácticas con mi padre y me integré en la vida de allí.

—¿Y cómo te las apañaste? —pregunta Matteo con una sonrisita cargada de intención.

—Nada mal —responde Gianni con una sonrisita idéntica.

—¿Y luego?

—Hace dos años, volví y abrí un bufete aquí.

—¡Menudo granuja estás hecho! ¿Y en dos años no has tenido un minuto para localizarme y llamarme?

Gianni lo mira a los ojos.

—Temía incomodarte.

Matteo ríe.

—Pero ¡qué dices! ¿Incomodarme? ¡En absoluto! ¿Y nunca te has encontrado con algún amigo de antes?

—Un día vi por casualidad a Rena. Desde entonces nos telefoneamos de vez en cuando.

—Qué raro que Rena nunca haya dicho que había vuelto a verte.

—Yo le pedí que no se lo dijera a nadie.

—¿Y cómo es que al final te has decidido a llamarme?

Por primera vez desde su llegada, Gianni parece vacilar un poco.

—¿Vienes a pedirme el voto? —lo presiona Matteo—. En cuestión de política, no he cambiado de ideas, ¿sabes? Así que yo con los comunistas y afines...

—No he venido por eso —lo interrumpe Gianni. Su expresión es ahora sombría.

—¿Cuál es la razón, entonces?

—La razón es esta. —Titubea de nuevo, pero al final se decide—: He recibido una carta anónima.

—¿Y estás preocupado por eso? ¡Yo he recibido decenas!

—Dentro había una foto.

—¿De quién?

—De nosotros dos.

Matteo siente que una especie de descarga eléctrica le recorre el cuerpo, desde la nuca hasta los talones.

—¿Mientras...?

—Sí.

—¡Joder!

De repente está empapado de sudor. Ese asunto puede arruinarlo. Seguramente, Anna pediría el divorcio.

—Pero yo no recuerdo que nos hiciéramos fotos, ni que pidiéramos a nadie que nos las hiciera, cuando...

—Evidentemente, nos fotografiaron sin saberlo nosotros.

Aun así, hay algo que no cuadra.

—Perdona, Gianni, pero ¿por qué te la han mandado a ti? Tú nunca has ocultado

ser como eres. A ti no te perjudica. Si se trata de un chantaje, deberían habérmela enviado a mí, ¿no?

Gianni no contesta. Saca un sobre del bolsillo, lo abre, coge la foto que hay dentro y se la tiende a Matteo.

Este la mira y palidece.

Se levanta del sofá y vuelve a sentarse. Luego va hasta la mesa y pulsa el botón que prohíbe entrar. Se sienta de nuevo, se seca la frente.

Es peor aún de lo que temía; lo sacude un escalofrío. Justo ahora que ha llegado a donde quería... ¿Quién puede tener interés en sacar a relucir ese asunto? Desde luego, no aquel crío asustado...

—No... ya no me acordaba de esa historia —balbucea.

—Yo tampoco —contesta Gianni—. Pero aquella tarde habíamos bebido y fumado más de la cuenta.

—¿Y qué dice la carta?

—No hay ninguna carta. El sobre solo contenía la foto.

—¿Por qué te la han mandado a ti?

—Me la han mandado a mí porque estaban seguros de que te la enseñaría.

Matteo se levanta, abre la parte superior de un elegantísimo mueble y saca una botella de whisky.

—¿Quieres?

Gianni rehúsa con un gesto.

—Ya sabes que bebo poquísimo. Soy casi abstemio.

Matteo vuelve a sentarse, con el vaso en la mano.

—¿Cuándo la recibiste?

—Una hora antes de llamarte.

—Pero ¡entonces hace ya cuatro días! ¿No han vuelto a dar señales de vida? ¿No han pedido dinero?

—No.

—Si no recuerdo mal —dice Matteo—, ese episodio se remonta al último curso de la carrera.

—Exacto.

—¿Y cómo es que han esperado hasta ahora?

—Quizá porque mi nombre ha empezado a oírse estos días.

—Pero ¡el mío no! —replica Matteo—. Si quieren dinero, saldrá de mi bolsillo, porque no creo que tú...

—Yo tengo ahorrados unos diez mil euros.

—¿Lo ves? Es a mí a quien se dirigen.

—No sé qué decirte; quizá tengas razón.

Pasados los primeros momentos de ofuscación, el cerebro de Matteo se pone de nuevo a funcionar a pleno rendimiento.

—Intentemos razonar. Reconstruyamos cómo se desarrolló todo el asunto.

Recuerdo perfectamente que no fui yo quien tomó la iniciativa. Alguien te lo propuso, tú me hablaste de ello y decidimos aceptar. ¿Fue así?

Gianni asiente con la cabeza.

—Continúo. ¿Ese alguien que te hizo la propuesta no era Pasquale?

—Pasquale Vesuviano, sí.

—Fuimos a su estudio, ¿verdad?

—Sí.

—Y él no participó. La prueba está en que no aparece en la foto. Además, sí, ahora me acuerdo, Pasquale dijo que tenía otro compromiso y se marchó. Así que...

—Acaba.

—Así que solo pudo ser él quien tomó la foto. Nos dijo que se iba, pero no se fue. Debió de esconderse en la habitación de al lado y desde allí, a través de un agujero o qué sé yo, hizo un carrito entero. Hay que localizarlo inmediatamente, no queda otra. Seguro que es él quien te ha mandado la foto.

Gianni enciende otro cigarrillo.

—Yo también tengo cerebro, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Que he hecho el mismo razonamiento que tú, aun sabiendo que no se sostenía.

—¿Por qué?

—Porque Pasquale Vesuviano murió hace tres años en un accidente de coche mientras iba a Nápoles.

Se hace un repentino y pesado silencio, que al final rompe el propio Gianni:

—¿Cómo debo actuar? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—A que si, en lugar de escribirme una carta, me llaman para pedirme dinero, ¿qué tengo que contestar? ¿Cómo debo reaccionar?

—Tienes que pedirles un poco de tiempo. Encontraré una solución.

—¿No pagarías?

—Pero ¿estás loco? ¡Quién sabe cuántas fotos tienen! ¡Me las mandarían una a una hasta desangrarme!

—Oriéntame un poco sobre lo que debo decir.

—Tú di la verdad. Que me has enseñado las fotos y que, si se trata de un chantaje, no se hagan ilusiones, porque tú no tienes un céntimo. En cuanto a mí, di que te he manifestado mi voluntad de no aflojar la mosca. Consigue todo el tiempo que puedas para convencerme.

A la mañana siguiente, hacia las diez, suena el teléfono mientras está en una reunión.

—Disculpadme —dice, mientras se levanta para contestar.

Solo puede ser Gianni, porque le ha dicho a Milena que no le pase ninguna llamada que no sea del señor Rocchi.

—¿Estás solo? —pregunta Gianni.

—No.

—Entonces hablo yo. Hace diez minutos he recibido otra carta. Contiene una foto, la misma escena, pero... Quizá sería conveniente que nos viéramos.

—De acuerdo. Esta noche, a las diez, en el cafetín. ¿Te va bien?

—Sí.

¿Por qué ha dicho el cafetín? ¿Por qué lo ha recordado? Era el que estaba cerca de la universidad, donde quedaban siempre. Evidentemente, si Gianni no le ha preguntado a qué cafetín se refería es porque también lo ha recordado pese a los años transcurridos.

Pero resulta que el cafetín ya no existe; lo ha sustituido una tienda de ropa vaquera.

Gianni lo espera de pie junto a su coche.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a buscar otro bar?

—No —responde Matteo, abriéndole la puerta de su automóvil—. Sube.

Teniendo en cuenta el tipo de fotos que manejan, es más prudente que no haya gente alrededor.

Gianni sube y Matteo enciende la luz interior.

—Dámela.

Es casi igual que la primera, con la diferencia de que ellos han hecho algún movimiento, porque en esta las caras están frente al objetivo. Perfectamente reconocibles. Incluida la de la tercera persona que aparece en la foto, un niño de seis años conseguido por Pasquale.

—Antes o después nos pedirán un montón de dinero —dice Matteo secándose el sudor. Y añade—: Se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—¿Pasquale tenía familia?

—Ya me he informado. Yo he pensado lo mismo. La madre todavía vive, pero es una octogenaria casi ciega. Y la hermana se casó y vive en Nueva York con su marido.

—Entonces, ¿cómo y por qué pueden haber llegado estas fotos a manos de alguien?

—Pues, o bien las encontraron en la casa que tenía aquí cuando era estudiante, o bien en el despacho-vivienda de Nápoles después de su muerte. Aunque hay otra hipótesis, muy sencilla.

—¿Cuál?

—Que Pasquale se las diera a algún amigo suyo.

—Es posible. Pero yo me pregunto otra cosa: ¿por qué hizo Pasquale estas fotos? A nosotros nunca nos habló de ellas. Por lo tanto, no pretendía utilizarlas para obtener un beneficio. ¿Para qué las quería, entonces?

—A lo mejor para vendérselas a algún coleccionista.

—Ya, podría ser. Pero ¿cómo se las habría arreglado el coleccionista para localizarnos después de diez años? ¡Nuestros nombres no están detrás de las fotos! ¡Y no somos actores de cine o televisión, con caras fácilmente reconocibles!

—En cualquier caso, estamos jodidos —dice Gianni—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer? Esperemos a ver cuál es el próximo movimiento.

Mientras está volviendo a casa suena el móvil. Es Rena, que debe darle una respuesta.

—Puedo pasado mañana de cuatro a siete y media.

—De acuerdo.

Ya le ha explicado cómo llegar al pequeño apartamento de las afueras que compró hace dos años para destinarlo a esa finalidad. Y le ha dado una copia de las llaves. Si no para otra cosa, servirá al menos para distraerlo de ese turbio asunto de las fotos.

El viernes por la tarde deciden pasar el fin de semana en Monticello para celebrar que, esa misma mañana, Fabio ha defendido su tesis y se ha licenciado con matrícula de honor.

Hace más de seis meses que no van; la última vez fue con motivo de la licenciatura de Giulia.

—¿Vamos con dos coches o paso a recogerte?

La respuesta es previsible, porque a Giulia no le gusta conducir.

—Ven a recogerme.

—¿A qué hora?

—Dime antes si vamos a hacer la compra aquí o en Monticello.

—Mejor en Monticello —contesta Fabio.

—Entonces, pasa a recogerme mañana a las nueve y media. Llama al interfono y bajo.

A las once, Fabio aparca delante de la única tienda de alimentación de Monticello.

—Ten en cuenta que el lunes he de estar en el despacho a las ocho de la mañana como máximo.

Lleva ya un año haciendo prácticas en el bufete de un tío suyo.

—Vale —dice Giulia—. Compramos solo para esta noche y mañana a mediodía.

—¿Y hoy a mediodía?

—Me gustaría ir a la *trattoria* de Luigino.

Está a unos cinco kilómetros de Monticello; deja un poco que desear en cuanto a higiene, pero, en compensación, Luigino cocina de maravilla.

Hacen la compra, van al chalet, Giulia guarda las cosas en el frigorífico y abre las ventanas para ventilar la casa, mientras Fabio saca sábanas y fundas de almohada para las camas.

—¿Qué tal te va con Destefani? —le pregunta Fabio más tarde, mientras esperan los espaguetis con salsa *amatriciana*.

—Bien. Me es muy útil.

Destefani es un famoso especialista en derecho civil, con el que ella está haciendo las prácticas.

—¿Y tú sigues con la misma idea?

Fabio ha tenido siempre el propósito de entrar en la fiscalía general.

—Sí. En cuanto sea posible, haré las oposiciones.

El ritual consolidado incluye una siesta, en esta ocasión más justificada si cabe, porque en la *trattoria* de Luigino se han pasado un poco, en particular con el vino.

Nada más entrar en el chalet, suena el teléfono. Va a cogerlo Giulia.

—¡Sabía que os encontraría en Monticello!

—Hola, Andrea.

—Oye, ¿os importa que vayamos Anna y yo?

—¡Pues claro que no! Pero nosotros tenemos que volver mañana por la tarde.

—Nosotros también.

—Entonces, ningún problema.

—A las siete como máximo estaremos ahí.

Giulia no ha necesitado consultar con Fabio para aceptar la propuesta de Andrea.

Cuando va al dormitorio de Fabio para informarle de la llegada de sus amigos, lo encuentra ya en la cama. Por toda respuesta, Fabio dice:

—Eso significa que luego habrá que ir a comprar algo más. Lo que tenemos no es suficiente para los cuatro.

—¿Puedo dormir contigo? —le pregunta Giulia.

—Claro —responde Fabio, apartándose hacia la pared para dejarle sitio en la cama individual.

El señor Bernardini también quiere celebrar la licenciatura de Rena.

Y con razón, porque no solo le ha dirigido la tesis, sino que ha sido su verdadero, y secreto, autor.

Su relación empezó el día en que Rena fue a decirle que tenía intención de hacer la tesis sobre un tema de su disciplina.

Ya desde las primeras preguntas, Bernardini se da cuenta de que esa espléndida chica no tiene ni pajolera idea de derecho constitucional, y se pregunta cómo se las ha arreglado para llegar hasta el último curso de la carrera.

La respuesta no es difícil de encontrar: no hay más que ver cómo sabe lucir las tetas, cómo mueve las caderas, cómo mantiene entreabierto la boca, casi siempre dejando entrever la punta rosada de la lengua.

¡Y además tiene esos ojos tan verdes que parecen prometer gratitud y reconocimiento!

Al cabo de tres días, después de hacerse de rogar un poco, Rena acepta ir a cenar con el profesor. Bebe mucho. Y acaba desnuda en la cama del picadero que Bernardini comparte con un colega suyo. Ahí es donde se elabora la tesis, de manera bastante dificultosa, todo hay que decirlo, porque Rena se queda desnuda incluso para sentarse a la pequeña mesa a escribir lo que el profesor le dicta. Y, por desgracia, Bernardini se distrae con facilidad.

—Es que precisamente esta noche... hazte cargo, mis padres querían... Solo nosotros tres, ¿comprendes? Mejor lo dejamos para mañana.

Pero al día siguiente es jueves, y a él le corresponde el uso del picadero los días impares.

—¡Mañana es par! —exclama el profesor.

Rena conoce el mecanismo de los pares e impares, pues ha tenido que adaptarse a

él; ahora simplemente ha fingido no acordarse. Hay que empezar de inmediato a quitarse de encima a Bernardini.

—Oye, Silvio, voy a intentar liberarme del compromiso. Te llamo hacia las cinco, ¿de acuerdo?

—Y si no puedes, ¿cómo quedamos? ¿Nos vemos el viernes?

—Bueno, en este momento no sé decirte si el viernes podré. Te llamo, ¿vale?

Sus padres no han organizado nada esa noche, naturalmente. La fiesta por la licenciatura está prevista para el domingo siguiente. Bernardini también está invitado.

—De acuerdo —acepta el profesor a regañadientes.

Es consciente de que, en lo sucesivo, ya no tendrá ningún pretexto para estar con ella tres días a la semana. De hecho, una vez desaparecida la necesidad, salta a la vista que Rena se ha apresurado a espaciar sus encuentros.

Pero a Bernardini esa chica se le ha metido hasta la médula; no le sucedía algo así desde hacía años, y sabe que le será muy difícil, mucho, dejar de tenerla a su disposición. Y espera que al menos esa noche...

Nada más salir de su despacho se topa con Colloredo, el colega con quien comparte el picadero.

—Venía a verte. Tengo que hablar contigo.

Bernardini mira el reloj. Es casi la hora de comer.

—Oye, mi mujer...

—Es muy importante —lo interrumpe Colloredo.

Han ido a comprar algo más, han vuelto y Fabio ha encendido la chimenea, no porque haga mucho frío sino porque le gusta. Frente a la chimenea, a poca distancia, la suficiente para que el calor no llegue en exceso, hay un sofá y dos silloncitos. Desde allí se puede ver cómodamente la televisión.

—¿Quieres ver el telediario de las siete? —pregunta Giulia antes de sentarse a su lado en el sofá.

—No.

No tiene ganas de voces y ruidos. Ha descubierto que se satura bastante pronto en el transcurso de un día. Fuera se ha hecho un silencio total. Por suerte, en el jardín no hay ningún perro guardián. No se lo ha dicho a Giulia, pero la visita de sus dos amigos no le hace demasiada gracia.

—En el bufete de Destefani, algunos empiezan a mirarme raro —dice Giulia.

—¿Por qué?

—Como se han enterado de que no tengo novio ni amante, y tampoco intención de tenerlos, al final han llegado a la conclusión de que soy lesbiana. —Ríe. Fabio también—. Pero Giovanna, una de las tres secretarias, que sí es lesbiana, se ha apresurado a decirles a todos que, en su opinión, yo no lo soy. Así que, al no poder considerarme ni carne ni pescado, me miran raro y siguen haciéndose preguntas y



haciéndomelas de un modo más o menos velado.

—Habría una manera de taparles la boca.

—¿Cuál?

—Diles que eres del Opus Dei.

—¡Es una idea genial! —exclama Giulia, riendo. Y tras una pausa, recuperando la seriedad, añade—: Quiero envejecer deprisa, volverme fea, y así nadie me tocará las narices con este asunto.

Fabio la abraza y Giulia se le acerca hasta apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Sabes una cosa? —le dice entonces él—. Ayer, comiendo, mi padre me soltó un discursito. El contenido era, en esencia, que se alegra de que me haya licenciado y que espera alegrarse todavía más en el plazo más breve posible, es decir, cuando le anuncie que he encontrado a una buena chica con la que casarme. Y siguió un interminable panegírico del matrimonio. Lo único divertido fue ver mientras tanto a mi madre.

—¿Qué hizo?

—Se quedó muy cortada, se sonrojó un poco, se le cayó dos veces el tenedor al suelo, volcó la copa de vino y no volvió a levantar los ojos del plato. Hubo un momento en que mi padre puso como ejemplo su matrimonio. ¡Pobre mamá! ¡Me dio mucha pena!

—Pues yo se lo dije abiertamente a mi madre —comenta Giulia.

—¿El qué?

—Que nunca me casaré. Que los hombres me horrorizan.

—¿Y qué dijo ella?

—¿Qué querías que dijera? Palideció y se fue.

—Oye, ¿te importa aclararme una cosa acerca de...? —pide él—. Un detalle... No acabo de entender cómo fue.

—Creo que a ti te lo he contado todo.

—Sí, pero no me quedó claro... ¿Fuiste tú la que le contó a tu madre lo que te estaba pasando?

—Sí, pero dos años después de que la historia empezara. Y ella no me creyó. Perdió el control y llegó a darme una bofetada. Entonces se lo conté a mi padre. Y él me riñó mucho porque me inventaba cosas malas. Dijo que el diablo me había poseído. Estaba desesperada.

—¿Y cómo es que al final se convencieron de que era verdad?

—Porque un día Gemma llegó antes de hora y vio un delicioso espectáculo. A ella no tuvieron más remedio que creerla.

\* \* \*

Gianni, que se licenció hace tres días, ha ido a ver a Matteo, que no se licenciará hasta el lunes siguiente.

—¿Qué has decidido al final? —pregunta Matteo.

—Mi padre ha insistido en que regrese enseguida al pueblo, pero he conseguido escabullirme. Asistiré a tu licenciatura y después me iré. Ah, y nos han hecho una propuesta... pero de eso te hablo luego.

—Me alegro. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a cenar fuera o...?

—¿Qué tienes en el frigorífico?

—Ni idea. Ve a ver.

Gianni sale y vuelve al cabo de un momento. Ya se ha puesto el delantal.

—Podría preparar espaguetis con ajo, aceite y aceitunas negras. Y, de segundo, dos filetes a la milanesa.

—Vale. Ve a cocinar.

—¿Qué prisa hay? —pregunta Gianni. Se sienta encima de sus rodillas, lo abraza, le lame una oreja y dice—: ¿Por qué me haces sufrir?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué hacías la otra noche con aquella rubia en el jardín de la universidad?

Matteo le responde con un beso en el cuello.

Anna y Andrea, como de costumbre, llegan con retraso. Pero tienen tiempo de tomarse una copa de vino blanco y después los cuatro se sientan a la mesa.

Anna ya se ha licenciado en Letras; en cambio, a Andrea, que estudia Medicina, todavía le falta.

Después de cenar, Fabio enciende el televisor. Hay un debate con psicólogos, periodistas, abogados y criminólogos sobre un suceso: al parecer, unos profesores han abusado de los niños de su colegio haciéndoles practicar juegucitos eróticos.

Giulia se levanta en el acto.

—Perdonadme, pero me duele mucho la cabeza y estar delante del televisor no me ayuda. Me voy a mi habitación.

Fabio la mira contrariado. Pero Andrea reacciona con presteza:

—Si es por eso...

Fabio apaga el televisor. Giulia vuelve a sentarse.

—Podríamos jugar a las cartas —propone Anna, que es una excelente jugadora de bridge.

Cuando se encuentran, Rena dice que es mejor saltarse la cena; en el restaurante perderían demasiado tiempo y ella no dispone de mucho.

—¿Por qué? —le pregunta Bernardini.

—Porque les he dicho a mis padres que iba a tomar algo con mis compañeros de clase, y no sería lógico que volviera a casa muy tarde.

En cuanto entran en el picadero, Rena empieza a desnudarse. El profesor se sienta en una silla y no le quita los ojos de encima. Siempre lo hace, porque le encanta mirarla y paladearla mientras se desviste.

Luego, Rena se tumba desnuda en la cama, mientras que el profesor, a diferencia de lo habitual, no se mueve de la silla.

—¿Qué pasa?

—Ha venido a verme Colloredo —dice.

—¿Colloredo? ¿Quién es?

—Lo conoces muy bien. No hemos conseguido entender cómo, pero de algún modo diabólico te enteraste de que él era el de los días pares.

Rena se ríe de un modo que pretende sonar inocente.

—Me había entrado curiosidad por conocerlo, ¿qué tiene eso de malo?

—Y lo chantajeaste.

—¿Yo?

—Sí, tú. Un chantaje agradable, lo reconozco, pero chantaje al fin y al cabo. Lo obligaste a que te trajera a follar aquí.

—¿Te ha dicho eso?! ¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué te ríes?

—Porque hemos follado tres veces, y las tres aquí, después de que él me lo pidiera amablemente. O sea, nada que ver con un chantaje. Y no hemos seguido porque yo me he negado.

—Da igual. En cualquier caso, tú has demostrado ser una zorra.

Con un rugido, Rena se levanta de la cama y se abalanza sobre el profesor. El violento empujón hace que Bernardini, sentado en la silla, caiga hacia atrás.

El talón desnudo de Rena aplasta sus gafas.

La primera en decir que tiene sueño es Giulia, que sube a su habitación. Poco después, Fabio también se va a dormir.

Anna y Andrea encienden entonces el televisor. Se ponen a ver distraídamente una película bélica.

Pasada media hora larga, Andrea va al dormitorio de matrimonio, que ocupan ellos, baja con una cinta de vídeo y cierra con pestillo la puerta de acceso a la escalera que conduce al piso superior.

Cuando, al llegar, han dejado las bolsas en la habitación, enseguida se han entendido con una mirada. Porque a la izquierda de su dormitorio está la habitación de Giulia, y a la derecha, la de Fabio. Y las paredes son muy delgadas. Hacer el amor allí como lo hacen ellos sería, como mínimo, inoportuno. En cambio, en el salón de la chimenea está el televisor, acompañado además de un flamante reproductor de vídeo.

Andrea introduce la cinta en el aparato.

Anna, antes de acercarse a él, enciende la radio que hay en la repisa de la

chimenea. La música, aunque está a un volumen bajo, contribuirá a tapar el ruido que hagan.

Andrea pulsa el mando a distancia. Aparecen las primeras imágenes.

Anna y Andrea comienzan a desnudarse rápidamente.

En la pantalla muda, un hombre desnudo está delante de una chica, desnuda también y atada a una silla. La joven, amordazada, tiene los ojos desorbitados a causa del pánico.

El hombre la agarra del pelo con la mano izquierda y tira hacia atrás.

El cuchillo que tiene en la mano derecha empieza a acercarse al cuello de la chica.

Anna resopla.

Lo que están viendo por enésima vez no es una película, sino la filmación de un asesinato seguido del prolongado descuartizamiento del cadáver. A Andrea le ha costado una suma enorme.

Ahora, Anna está tendida boca abajo sobre la mesa, con la cabeza levantada para ver las imágenes de la pantalla.

Andrea, en cambio, está de pie detrás de ella.

En un momento dado, Anna, para no despertar a sus amigos, se ve obligada a meterse en la boca el pañuelo que estrujaba con una mano.

—Si te fuera mal como abogado, podrías trabajar de cocinero —dice Matteo.

Tanto la pasta como la carne eran dos platos sencillísimos de preparar y de sabor previsible; sin embargo, Gianni ha conseguido darles un sabor distinto.

—¡Lo que cuenta es la mano del cocinero! —exclama Gianni, alzándola en busca de admiración. Y al instante la mete entre las piernas de su amigo.

—Tengo tu regalo de fin de carrera —anuncia Matteo, levantándose.

—¡A ver, a ver! —dice Gianni batiendo palmas.

Matteo va al dormitorio, vuelve y deja sobre la mesa una bolsita de coca.

Gianni se pone en pie, se abalanza hacia Matteo, lo abraza y le cubre la cara de besos, gimiendo.

—¿Me acompañas? —le pregunta.

—No. —A Matteo no le gusta la coca—. Es toda para ti.

Gianni no abre enseguida la bolsita. Despliega una extraña sonrisa y dice:

—Me ha telefonado Pasquale Vesuviano para que vayamos a su casa mañana. Tiene una atractiva propuesta que hacernos.

—¿Qué clase de propuesta?

—Ya lo verás.

El profesor emite un extraño gorgoteo al respirar. Está tendido en el suelo, en un

rincón del picadero, y su cara es un amasijo sanguinolento. Rena ha utilizado una plancha antigua que había como adorno en la repisa de la chimenea.

Rena se mira en el espejo: tiene manchas de sangre en el pecho, los brazos, el vientre, las piernas. Va al cuarto de baño, se pone bajo el chorro de la ducha y se queda ahí un buen rato.

Luego se viste con mucha calma, sale del picadero, entra en la cabina de teléfonos de la esquina y marca el número de Colloredo, que a esa hora estará todavía sentado a la mesa con su mujercita y sus dos mocosos.

El teléfono suena bastantes veces, nadie contesta. Pero Rena insiste. Colloredo no puede sospechar que ella tiene el número de su casa, y, en efecto, finalmente se oye una voz femenina:

—Diga...

Debe de ser su mujer.

—Señora, disculpe, soy una alumna de su marido. Necesito hablar con él.

—¿Le parece que son horas de molestar?

—Diga...

Es la voz de Colloredo, que debe de haberle quitado el auricular de las manos a su mujer.

—Oye, encanto —comienza Rena, segura de que él la reconocerá—, escúchame sin decir nada. Tu amigo Bernardini se ha caído de la cama mientras estaba conmigo y se ha partido la cara. Tienes que venir a buscarlo para llevarlo enseguida al hospital. ¿Me he explicado bien?

—Sí.

—Otra cosa. Dile a Bernardini que no le conviene denunciarme. He grabado algunas cintas de nuestros encuentros; por desgracia, solo de audio. Pero creo que bastarán para destrozarle la familia y la carrera. Y tú también procura portarte bien, porque tengo un pequeño recuerdo de nuestros encuentros. ¿Queda claro?

—Sí.

—Ha telefoneado Giulia —dice Anna.

Y se queda en silencio, no sigue hablando.

Durante la última semana se ha mostrado un poco distraída, un poco ausente, como si estuviera todo el rato pensando en otra cosa. Se le va el santo al cielo con facilidad. Y está más pálida de lo habitual. Pero Matteo no tiene ningunas ganas de preguntarle qué le pasa.

—No me parece un hecho extraordinario —replica él, irritado.

—Tiene una avería en un baño o algo así, no lo he entendido muy bien.

—¿Y qué?

—El fontanero no podrá ir hasta el lunes.

«Como siga en este plan, le saco un ojo con el tenedor», piensa Matteo. Empieza a sospechar que Anna habla así por algún motivo oscuro, tal vez solo para exasperarlo.

—Mi más sentido pésame —dice, sarcástico.

—Y, por lo tanto, esta noche no podemos reunirnos en casa de ella y Fabio, como sería lo normal.

—¡Por fin has llegado al meollo de la cuestión! Y entonces, ¿qué?

—Pues que esta noche nos reunimos en casa de Andrea.

No dice de Andrea y Rena; el nombre de Rena no quiere ni pronunciarlo.

—¡¿En la de Andrea?! Pero si no hemos ido nunca.

—¿Y qué?

—Pero ¿no podían venir todos aquí?

—¡Claro que podían! Pero Andrea ha insistido tanto en recibirnos que me ha parecido de mala educación seguir... ¿Te molesta?

—¿A mí? ¿Por qué iba a molestarme? Me da igual. —Y añade—: Voy a daros una buena sorpresa.

Anna ni siquiera levanta los ojos del plato.

—¿Vas a llevar a Gianni? —le pregunta.

Pero ¿cómo lo ha adivinado esa mosquita muerta?

¡Le ha costado Dios y ayuda convencer a Gianni de que volviera a ver al grupo! Pero lo ha hecho por una razón muy concreta. Como el asunto de las fotos lo obligará a quedar a menudo con él, alguien podría verlos juntos, ¡y menudo aluvión de rumores y maledicencias se desencadenaría entonces!

En cambio, de esta forma, si se encuentran con alguno de sus amigos, no tiene nada que temer.

A Anna, por el contrario, no le da igual.

Desde que adquirieron la costumbre de verse todos los sábados por la noche, y de eso hace ya unos cuatro años, siempre se han reunido en dos casas de forma alterna, la de Fabio y Giulia y la suya.

El piso de Andrea se descartó tácitamente desde el principio, sin una verdadera razón. Quizá porque Andrea, después de romper con Anna, había permanecido soltero.

En cuanto al piso de Rena, nunca lo habían tomado en consideración porque era demasiado pequeño.

Sin embargo, después de que Rena y Andrea se casaran, la casa de este último había pasado también tácitamente a ser un lugar de reunión del grupo, aunque todavía no se había presentado la ocasión de ir allí.

Así pues, el encuentro del sábado será una especie de inauguración. Y Anna no acaba de digerirlo.

—Hola, Matteo. ¿Te has enterado de la noticia? —dice Rena con voz alterada.

Está furiosa.

—Sí.

—Andrea nos ha jodido con esa desafortunada idea de reunirnos en casa. Esta tarde no podré salir; tengo que quedarme aquí, está todo patas arriba.

—Comprendo.

—Oye, ¿cuándo podemos vernos? Este contratiempo ha hecho que me entren unas ganas tremendas, unas ganas que no te puedes ni imaginar.

—Te llamo el lunes por la mañana, hacia las diez, y quedamos, ¿de acuerdo?

—Sí, pero intenta organizarte para que podamos vernos el mismo lunes. Estoy hambrienta.

\* \* \*

No le hace ninguna gracia ir porque ha vivido en esa casa. Guarda muchos recuerdos de ella, recuerdos buenísimos.

Y ahora esos recuerdos quedarán manchados por la presencia de Rena, que se mueve como la zorra que es por las habitaciones que fueron suyas.

Desde hace una semana no para de pensar en Andrea. Antes le sucedía de vez en cuando, y en esos casos se las arreglaba para que su imagen desapareciera enseguida.

Hasta que una noche Andrea se coló dentro de ella a traición, cuando no estaba en condiciones de oponer resistencia.

Fue un sueño un poco ridículo pero impactante: Andrea se metía subrepticamente

en su cama de noche, vestido de Diabolik, y la poseía repetidas veces mientras Matteo, ajeno a todo, seguía durmiendo a su lado.

Además, la decisión de no seguir juntos la habían tomado de común acuerdo, con la mente fría, después de haber hablado con detenimiento del asunto.

Y lo absurdo es que no tomaron la decisión porque hubiera disminuido la intensidad de su relación, sino porque los asustó el hecho de que iba en aumento y podía llegar a un grado peligrosamente incontrolable.

En definitiva, fue el miedo lo que los empujó a separarse.

Fabio está en su despacho. Se ha llevado el trabajo a casa porque el lunes se celebra la primera audiencia de un juicio muy complicado. Se trata de un delito que interesa a todo el país, si se tiene en cuenta el espacio que le han dedicado periódicos y televisiones. Fabio se hará cargo de la acusación, pero de la culpabilidad del imputado no hay pruebas, solo indicios.

Desde hace tiempo, tiene la costumbre de consultar sus casos a Giulia, y a menudo le pide ayuda y consejo. Es cierto que Giulia es civilista, pero también es inteligente y aguda.

Por eso, ese sábado han decidido inventarse una excusa para que la reunión no sea en su casa. Todos los baños funcionan perfectamente. Pero Giulia se habría pasado toda la tarde ocupada con los preparativos para recibir a los invitados.

De esta forma, en cambio, podrán seguir estudiando juntos las actas del sumario hasta el momento de ir a casa de Andrea.

«Nuestro fortín».

Así es como Fabio llama a su casa.

Pero únicamente cuando nadie ajeno los oye; en resumidas cuentas, cuando está a solas con ella. Sus amigos jamás considerarían su casa como un fortín. Es más, les sorprendería oír que la llama así. En realidad, está abierta a todos, y el recibimiento siempre es cálido y cordial.

Pero Fabio tiene razón.

Los sábados por la tarde, y solo ese día, Andrea se tumba en la cama una horita después de comer. Los domingos no, porque va al fútbol.

Cuando estaba con Anna, ella siempre lo acompañaba al estadio. Ahora va solo, porque a Rena la aburre el fútbol.

Pero esa tarde, en cuanto se pone en posición horizontal, se le pasa de golpe la ligera somnolencia que tenía.

Ha recordado que dentro de unas horas Anna estará de nuevo con él en esa casa, donde ha vivido mucho tiempo y donde no hay un solo rincón en el que no se hayan abrazado, besado, amado furiosamente.



Rena está en la cocina, vigilando cómo la asistenta saca brillo a los cubiertos de plata. Está convencida de que, en cuanto aparte los ojos, la moldava se meterá en el bolsillo como mínimo un tenedor.

—¡Rena!

Es Andrea, llamándola desde el dormitorio. ¿Por qué no duerme? ¿Qué mosca le ha picado? Ella decide fingir que no lo ha oído; no puede dejar sola a la asistenta.

—¡Rena!

No tiene más remedio que ir. A saber qué le pasa. Cuenta rápidamente los cubiertos y va al dormitorio.

—¿Qué ocurre?

—Mira —dice él levantando la sábana.

Está en estado de gracia.

Rena ríe a carcajadas, glotona, con los ojos brillantes, cierra la puerta con pestillo y empieza a desnudarse.

Al infierno la cubertería. Una ocasión así no hay que desaprovecharla.

Una noche en Monticello, mientras estaban sentados en el banco contemplando la puesta de sol, delante de la fuente, Fabio le preguntó:

—¿Tu madre ha vuelto a la carga?

Giulia pilló al vuelo a qué se refería.

—Sí. Ahora me habla de eso por lo menos dos veces a la semana. Yo me enfado y le contesto mal, pero ella no desiste.

—Vaya lata.

—Es insoportable. Precisamente ayer atacó nada más empezar a comer, así que me levanté y me fui. Ella salió detrás de mí insultándome.

—¿En serio?

—Sí, me dijo que soy una imbécil.

—¡Encima!

—Asegura que estoy desperdiciando mi juventud por darle demasiada importancia a algo que sucedió cuando era pequeña. «Pero ¿tienes idea de a cuántas les ha ocurrido lo mismo y no lo han convertido en la gran tragedia en que lo has convertido tú?», me soltó. —Giulia hizo una pausa antes de continuar—. Estoy pensando muy en serio en irme de casa. Total, económicamente soy autónoma.

—No sería una mala...

—Pero...

—¿Sí?

—Ya lo sabes, la soledad me da miedo. Aunque mis padres me den la tabarra, no dejan de ser una presencia.

—Mis padres también han vuelto a la carga con su tema preferido. El domingo pasado, sin ir más lejos, incluso me presentaron el nombre de una candidata mientras

comíamos.

—¿Y quién es? —preguntó Giulia, sonriendo.

—Una prima mía. La he visto dos o tres veces.

—¿Cómo es?

—Simpática. Debe de ser una chica maja.

El Sol se había puesto. Empezaba a refrescar.

—¿Volvemos a casa?

—Espera —dijo Fabio—. Se me ha ocurrido una idea. ¿Y si te vinieras a vivir conmigo, a mi casa?

Giulia se quedó desconcertada.

—Pero ¿qué...?

—Me explico. Todo el mundo cree desde hace tiempo que somos amantes. Y nosotros hemos dejado que lo crean porque nos trae sin cuidado. Si vienes a vivir conmigo, pensarán que hemos decidido consolidar nuestra relación con la convivencia. Les parecerá lógico. A mis padres les diré que he descubierto que estoy enamorado de ti. Y tú les dirás lo mismo a los tuyos. De esa forma, nuestra casa se convertirá en una especie de fortín que nos protegerá de todos los ataques con fines matrimoniales. Y, en casa, tú y yo seguiremos siendo libres de comportarnos como nos parezca, sin tener que rendir cuentas el uno al otro. ¿No te parece una buena idea? ¿Qué me dices?

Giulia, una sombra ya en la oscuridad, lo miró. Se le había formado un nudo en la garganta. De felicidad.

—¿Qué me dices?

—¿Te va bien si voy mañana por la tarde con todas mis cosas?

Y lo abrazó fuerte.

Rena va a coger el teléfono.

—Nos vemos esta noche.

Es Gianni. Es la primera vez que la llama a casa.

—No, esta noche no puedo. Vienen...

—Sé quiénes van. Lo que he dicho no era una pregunta, sino una afirmación. Esta noche, yo también estaré entre tus invitados.

—¡Anda ya!

—Me ha convencido Matteo.

—Vaya. Pues ha hecho bien. ¿Querías algo?

—No, nada; solo avisarte.

—Hasta luego, entonces.

Andrea, que acaba de levantarse, se está dirigiendo a la cocina para tomarse el café que la asistenta le ha preparado.

—¿Sabes quién va a venir esta noche?

—¿Quién?  
—Gianni.  
—¿Quién?  
—Gianni Rocchi. ¿No te acuerdas de él? Nuestro...  
—Ah, sí. Pero ¿quién lo ha resucitado?  
—Matteo.  
—¿Y cómo es que tiene nuestro número de teléfono?  
—Se lo di yo.  
—A ver si lo entiendo. ¿Gianni y tú ya os habíais visto?  
—Fue un encuentro casual, hace tiempo.  
—¡Ah! —dice Andrea.  
Y va a tomarse el café.

Han decidido hacer un pequeño descanso.

—Esta noche me divertiré viendo cómo Rena representa el inédito papel de ama de casa —dice de pronto Giulia.

—No se puede decir que te caiga bien —replica Fabio.

—En efecto, no se puede decir.

—Nunca llegaste a digerir mi historia con ella, ¿verdad? —le pregunta Fabio con una sonrisita.

—Pues, ya que lo mencionas, no.

—¿Por qué?

—Me causó demasiados trastornos. Cada vez que me decías que vendría aquí, me veía obligada a salir corriendo y estar por ahí a veces hasta cuatro horas. Algunas tardes tuve que ver dos veces seguidas la misma película.

—¿Quieres saber una cosa? ¡No te puedes imaginar cuánto he esperado poder devolvarte el favor! Da igual que sea hombre o mujer, me decía, con tal de que traiga a alguien a casa. Pero no ha habido manera; he tenido que resignarme a convivir con una monja.

Ríen.

—Hablando de Rena —dice Fabio—, mientras consultaba un expediente muy antiguo, he encontrado por casualidad unos recortes de periódico que me han sorprendido. Hacían referencia precisamente a Rena.

—Si eran muy antiguos, ¿cómo podían...?

—Pues sí. En aquella época, Rena tenía casi cuatro años. Su hermana Tilde, tres años mayor que ella, murió ahogada en una cisterna para el agua de lluvia que había en el jardín de su casa.

—¿Un accidente?

—Verás, Tilde, que no era una niña precisamente tranquila, cuando hacía una de las suyas se escondía. En aquella ocasión fue a meterse en la cisterna, que estaba

seca. Unos albañiles estaban haciendo obras y por eso había una escalera que llegaba hasta el fondo.

—Perdona, pero, si no había agua, ¿cómo es que la niña...?

—Ahí está la cosa. Cuando a su madre se le ocurrió que Tilde podía haberse escondido dentro de la cisterna y fue a mirar, vio que la tapa de hierro estaba puesta y...

—Perdona que te interrumpa otra vez, pero ¿la tapa pesaba mucho?

—¿Por qué?

—Porque la niña podría haberla levantado empujando desde dentro.

—Podría si no hubieran puesto el candado, cuya llave, como se descubrió después, había desaparecido. En resumen, cuando la madre llegó a la cisterna y la vio cerrada, lógicamente pensó que su hija no podía estar dentro y siguió buscándola en otros sitios.

—Vuelvo a preguntártelo: si la cisterna estaba seca, como has dicho, ¿cómo pudo morir ahogada la niña?

—Fue el padre, que mientras tanto había llegado a casa y se había sumado a la búsqueda, el que reparó en que una gran manguera estaba echando agua dentro por un agujero de la tapa.

—Un momento. La niña podría haber subido por la escalera y sacado la manguera del agujero. Así habría detenido la entrada de agua en la cisterna.

—Eso es lo que intentó hacer. Pero la escalera se había mojado, y ella resbaló y cayó al fondo. Se dio un golpe en la cabeza y se ahogó en unos centímetros de agua.

—¿Y los albañiles qué dijeron?

—Ese día los albañiles no estaban porque era domingo. En cualquier caso, declararon que ellos aún necesitaban tener la cisterna vacía unos días más.

—¿Tenían jardinero?

—Sí, pero lo habían despedido tres días antes. Era un tipo violento; durante una discusión con la asistenta, le pegó tan fuerte que le hizo sangre.

—¿Interrogaron a Rena?

—Sí. Dijo que Tilde le había gastado una broma, que le había metido una lagartija por dentro del vestido y después había salido corriendo para esconderse porque ella había ido a contárselo a su madre. Dijo también que había visto al jardinero.

—Pero ¿no lo habían despedido?

—Sí, pero se había llevado las llaves de la verja. Podía entrar cuando quisiera. Al final, eso fue su perdición: lo condenaron a cadena perpetua. ¿Continuamos?

Mientras está vistiéndose, Anna siente un repentino y fuerte impulso de inventarse una excusa y quedarse en casa. Sin duda, Matteo fingirá lamentarlo, pero seguro que no renunciará a ir a la reunión por quedarse a hacerle compañía; le importa demasiado presentarse del brazo de Gianni, el resucitado. Pero después piensa que

sus amigos intuirán fácilmente que se trata de una excusa, sabrán que le ha dado miedo encontrarse incómoda en aquella vivienda que durante mucho tiempo fue la suya. Continúa vistiéndose. Con todo, tiene la desagradable sensación de estar cometiendo un gran error.

\* \* \*

Suena el teléfono.

—Voy yo —dice Giulia.

—¿Giulia?

Es la voz de Rena.

Giulia todavía está afectada por lo que le ha contado Fabio hace un rato y se sobresalta, se siente culpable hacia ella, pobrecilla, porque después de todo sufrió una terrible desgracia. Antes de contestar, se ve obligada a aclararse la garganta.

—Sí. Dime.

—Quería avisaros, a Fabio y a ti, de que esta noche también vendrá un compañero al que perdimos de vista hace años. Se trata de Gianni. Gianni Rocchi. ¿Te acuerdas de él?

Giulia tiene que hacer memoria.

—¿No era amigo de Matteo?

—Exacto. De hecho, es Matteo quien lo ha invitado. Me ha parecido oportuno decíroslo porque no sé si os apetece...

—No hay ningún problema. Gracias. —Y cuelga—. Era Rena —le dice a Fabio—. Quería avisarnos de que esta noche también irá a su casa Gianni Rocchi. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo. ¡Vaya por Dios!

—¿Qué pasa? ¿No te cae bien?

—No se trata de si me cae bien o mal.

—Entonces, ¿tienes algo contra los gais?

—¡¿Yo?! ¿Contra los gais? Pero ¡qué dices!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que al final me ha tocado un caso que le afecta y que inicialmente le había correspondido a un compañero que ha caído enfermo. La denuncia se presentó en Nápoles, pero los hechos son de nuestra competencia.

—¿Lo sabe él?

—¿Que el juicio se celebrará aquí? Por supuesto.

—No; me refería a si sabe que te lo han asignado a ti.

—Todavía no. Me llegó hace muy pocos días. Hojeé el expediente por simple curiosidad, pero no he tenido tiempo de estudiarlo.

—¿En qué sentido le afecta a Gianni?

—Se lo acusa de apropiación indebida y otras cosillas. No sé si es adecuado que

nos veamos.

—Imagina que todavía no has abierto el expediente.

—¡Vamos, Giulia!

—Más aún: si yo estuviera en tu lugar, aprovecharía la situación.

—¿En qué sentido?

—Le haría alguna preguntita indirecta pero certera. Y como él no sabe que tú te ocupas del caso, te dará respuestas verdaderas, no las que más le convengan.

No obstante, Fabio parece poco convencido.

En honor a la verdad, no se puede decir que el grupo reciba con mucho entusiasmo a Gianni.

Lo besan y abrazan, eso sí, le preguntan por lo que ha hecho durante todos estos años y por qué no se ha puesto antes en contacto con ellos, pero está claro que lo hacen más por cortesía que por auténtico interés.

Bien pensado, en el fondo Gianni nunca formó parte del grupo realmente; si a veces estaba con ellos, era solo porque seguía a Matteo como una sombra.

Apenas diez minutos después de su llegada, en efecto, vuelven a reagruparse, a situarse como de costumbre, dejando a Gianni al margen, que se las arregle como pueda. Más aún, Fabio observa que Matteo, tras haber llevado a su amigo y anunciarlo con alegría, casi enseguida se ha desentendido de él.

Tan solo Anna, al poco, se le acerca y le dice algo.

Luego, de común y tácito acuerdo, se sientan en un sofá y se ponen a charlar.

\* \* \*

Matteo empieza a intuir que llevar a Gianni no ha sido una buena idea. No le gusta, en especial, que él y su mujer estén conversando como si fueran íntimos de toda la vida. Pero ¿qué tendrán que decirse?

Anna casi nunca lo hace, pero, cuando se pone, es capaz de someter a cualquiera a un interrogatorio de tercer grado sin que se note. Y Gianni, quizá sin darse cuenta, igual acaba admitiendo algo que podría resultar bastante peligroso.

«Cinco minutos más —piensa—, y con una excusa cualquiera me acerco a ellos y los interrumpo».

—¿Me acompañas abajo, Matteo? —le pregunta Rena.

—¿Adónde?

—Al garaje. Tengo que ir por víveres.

Matteo busca una excusa para no moverse del salón; es demasiado peligroso dejar que Anna siga hablando con Gianni. Pero no se le ocurre ninguna verosímil. Seguramente Rena ha subido solo una botella de whisky y dos de vino a propósito. Ha calculado que se acabarían al cabo de media hora, pues sabe de sobra que en el grupo se bebe bastante. Y, además, el pastel servido por la asistente moldava tenía algo picante que da mucha sed.

Andrea, Fabio y Giulia están charlando animadamente. Andrea introduce de pronto el asunto del juicio que comenzará el lunes y en el que Fabio representará a la acusación. Andrea defiende abiertamente la inocencia del imputado. Fabio se siente incómodo.

—Preferiría no hablar de eso.

—¿Tan seguro estás de su culpabilidad para no querer siquiera hablar del tema?  
—replica Andrea irritado.

Esa noche Andrea no está del humor habitual; parece bastante nervioso. Quizá ha discutido con Rena antes de que llegaran los invitados.

—Claro que estoy convencido. Pero este no me parece el sitio adecuado.

—¿Para qué?

—Lo que hago y pienso como fiscal, prefiero que quede dentro de las salas del tribunal.

—¡No tienes que revelarme ningún secreto!

—Es una cuestión de buen gusto, hombre. Y de oportunidad.

—Yo no soy un periodista que va a pregonar a los cuatro vientos...

—Oye —lo interrumpe Fabio—, si te empeñas en discutir sobre eso, sigue haciéndolo con Giulia.

En el ascensor se besan largamente. Luego salen a la calle; el garaje está dos portales más allá.

—Dame —dice Matteo.

Rena le tiende las llaves, Matteo abre la persiana metálica y entran en el garaje, que es muy amplio y contiene dos coches. Rena enciende la luz, recupera las llaves, baja la persiana hasta un palmo del suelo y se pega a Matteo.

Luego se vuelve y se apoya con los codos en el maletero de uno de los coches con las piernas abiertas.

—Rápido, dame un pequeño anticipo.

\* \* \*

Anna querría quedarse eternamente en el sofá charlando con Gianni. No sabe ni las preguntas que le hace ni si tienen sentido, y no escucha sus respuestas.

Pero de esa forma consigue aislarse, no fijarse en los cambios realizados en esa habitación («qué gusto más horrendo tiene la zorra») y, sobre todo, que su mirada no se cruce con la de Andrea.

Además, le parece que este tiene el mismo problema y que finge estar totalmente abstraído en una discusión con Giulia.



O sea, que él también trata de mantenerse enrocado.

Lo que significa que es absolutamente preciso que no tengan ningún tipo de contacto.

Un contacto apenas perceptible, infinitesimal, provocaría sin duda un cortocircuito devastador.

—Pero ¿por qué adoptas una posición tan drástica? —pregunta Giulia, un poco alterada.

La obstinación de Andrea en defender la inocencia del acusado está hartándola bastante. Y, además, odia a todos los que emiten juicios basándose solo en lo que han oído.

—Si lees los periódicos o ves la tele...

—¿Estás de broma? —salta Giulia—. Pero ¿tú te dejas convencer por los periódicos?

\* \* \*

A su regreso, Matteo teme que alguien pregunte por qué han tardado tanto. Pero parece que nadie ha advertido su más que prolongada ausencia.

Por lo demás, es bastante difícil que intuyan ya que Rena y él han iniciado una relación. Todavía es demasiado reciente. Pero, sin duda, antes o después habrá quien ponga en circulación algunos rumores. Entonces tendrá que cortar enseguida con Rena. Demasiado peligroso. Si una mínima alusión a su aventura llegara a oídos de Anna...

Ojalá las primeras sospechas surjan lo más tarde posible, que pueda disfrutar a fondo de Rena, hasta el inevitable rechazo por aburrimiento o saciedad.

Observa con alivio que al lado de Gianni en el sofá ya no está Anna, sino Fabio.

Anna ha salido a la terraza del ático.

La vista de la ciudad iluminada abajo es realmente fascinante. Pero ella permanece con la espalda apoyada en la pared exterior del salón. Cuando vivía allí, si estaba sola, no se atrevía a apoyarse en el antepecho que rodea la terraza; es demasiado bajo y ella tiene vértigo.

Mira alrededor. Ya no están las macetas con las plantas que ella cuidaba con amor y que florecían exuberantes y eran su orgullo («¡Qué buena mano tengo para las plantas!»). Han desaparecido; las ha tirado Rena, seguro. La terraza está desnuda, amargamente desierta.

La invade una rabia tan fuerte e incontrolable que se le saltan las lágrimas. La estrangularía de buena gana.

Mientras habla con Gianni, Fabio vuelve un poco la cabeza y le sonríe a Matteo.

Es una sonrisa aparentemente cómplice. Debe de haber imaginado a la perfección lo sucedido en el garaje. Se sabe que Fabio tuvo una aventura con Rena que duró más de un año, y por lo tanto conoce bastante bien sus usos y costumbres.

 Debe preocuparse? Piensa que Fabio es el menos chismoso de todos y se tranquiliza un poco.

«Pero  d nde está Anna?», se pregunta.

Solo puede estar en la terraza. Antes de salir, se sirve una copa y se dirige hacia la cristalera. Para llegar hasta all , debe pasar forzosamente por delante del sofá donde est n Fabio y Gianni.

Cuando los ha dejado unos pasos atrás, oye con claridad algunas palabras de una pregunta de Fabio a Gianni:

— ...después de la muerte de Pasquale Vesuviano?

Da un respingo y se queda petrificado. Un poco de whisky, al caer del vaso, le moja la muñeca. El ruido de su propia sangre borboteante le impide oír la respuesta de Gianni.

Haciendo un esfuerzo, consigue dar los pocos pasos que lo separan de la cristalera y sale a la terraza.

Giulia está harta de Andrea. Empieza a notar un hormigueo en las manos. Mala señal. Ve entrar a la moldava con el postre helado.

—Voy a servirme un poco.  Quieres t  también?

—No —dice Andrea.

Pero se levanta y la acompaña. Giulia se pregunta qué puede hacer para librarse de él. Nota cómo se acerca peligrosamente uno de esos rarísimos momentos en que es incapaz de controlarse. Si sigue así, al final le tirar  el helado a la cara a Andrea.  D nde está Fabio? Lo ve hablando con Gianni. Pero no quiere molestarlo. Probablemente se ha decidido a preguntarle algo sobre el asunto de Pasquale Vesuviano, como ella misma le ha sugerido.

Anna se percata de que Matteo está alterado.

— Qu  te pasa?

—No me toques los cojones —le espeta él, yendo a apoyarse en el antepecho.

Anna lo mira atónita. Matteo nunca ha sido tan grosero con ella. Debe de haberle pasado algo realmente desagradable.  Se habrá peleado con alguien? Vuelve a entrar en el salón.

Sin embargo, a simple vista todo parece sereno y sosegado; no hay ningún rastro

de esa estela de nerviosismo que siempre deja en el aire una discusión acalorada.

«Intenta razonar con calma», se dice Matteo.

Pero no resulta fácil recobrar la calma. ¿Por qué Fabio estaba preguntándole a Gianni algo sobre la muerte de Pasquale? ¿Acaso Fabio se ha enterado de la existencia de las fotos? ¿Prescriben los delitos de pederastia?

«No, no te hagas preguntas estúpidas. Es imposible que Fabio sepa nada».

Si supiera algo, no habría esperado a la llegada de Gianni: habría hablado directamente con él. Pero...

Trata de recordar si Fabio pudo conocer a Pasquale Vesuviano en la universidad; sin embargo, por más que se esfuerza, no lo consigue.

Está empapado de sudor.

Solo hay un modo de saber el motivo de esa pregunta: hablar con Gianni.

Se queda un poco más en la terraza respirando profundamente, y cuando se dispone a dar media vuelta y entrar, nota que se acerca el perfume de Rena. Ella se coloca a su lado, tan cerca que le toca la cadera con la suya. Pero él tiene otras cosas en que pensar en ese momento y ella se da cuenta.

—¿Qué te pasa?

Matteo intenta despistarla.

—Me gustaría estar todavía contigo en el garaje.

Ella, protegida por la oscuridad y como incitada por esas palabras, introduce una mano entre el antepecho y el cuerpo de Matteo.

—¡A quién se lo dices! —exclama.

—Venga, entremos —dice Matteo, apartándose—. Si nos ven, lo estropearemos todo.

Lo primero que mira es el sofá. Ahora está vacío.

Fabio y Gianni han ido a llenarse las copas. Y siguen hablando.

—¡Anna, ven!

Es Giulia quien la llama mientras habla con Andrea. Anna querría desaparecer como por ensalmo. Se mueve hacia ellos con las piernas rígidas. Andrea tiene la cabeza gacha, mira absorto las puntas de sus zapatos.

—¿Qué pasa?

—Andrea afirma que...

No, no soporta tenerlo tan cerca.

—Disculpa, Giulia, pero iba al baño. Cuando vuelva...

Matteo va a llenarse también la copa. Así tiene ocasión de lanzarle una mirada a

Gianni. Una mirada concreta, especial, que se remonta a los tiempos del instituto, con un significado preciso: «Tengo que hablar contigo».

Gianni responde con un imperceptible movimiento de las pupilas: «Entendido».

Es extraño cómo, después de tantos años, han recuperado en un instante su lenguaje secreto. Fabio no se ha percatado de nada. Matteo regresa a la terraza.

Ni siquiera se ha dado cuenta, pero, en vez de ir al baño de los invitados, se ha adentrado en el pasillo y ha ido instintivamente al otro, el principal, con dos puertas, una que da al pasillo y otra al dormitorio de matrimonio.

Nada más entrar, la asalta una vaharada del perfume que usa Rena y le produce náuseas. Abre el grifo, se inclina sobre el lavabo para mojarse la cara.

—¿Qué quieres? —pregunta Gianni apoyándose en el antepecho, a su lado.

—¿Por qué te ha preguntado Fabio por Pasquale Vesuviano? —le espeta Matteo con una violencia a duras penas contenida.

Gianni parece sorprendido.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Dime por qué...

—Hablabamos de los compañeros de curso y...

—No recuerdo que Pasquale fuera con nosotros.

—En efecto, no era compañero nuestro. Es cierto. Pero Fabio y él se conocían. Me ha preguntado si tenía noticias de él y le he dicho que había muerto. No lo sabía. Eso es todo. Tranquilo, no tenía nada que ver con nuestros asuntos.

—¿No te ha parecido raro?

—¿El qué?

—¡Que Fabio haya querido saber de Pasquale después de la aparición de las fotos! ¿Crees que se trata de una simple coincidencia?

—¡Claro que sí! Pero ¿qué te imaginas?

Gianni está mintiendo; no le cabe ninguna duda. Cuando miente, su voz sube un cuarto de tono. Lo descubrió en el primer curso de la universidad, cuando Gianni le dijo que esa tarde no podían quedar porque habían llegado sus padres sin avisar, y luego se enteró de que tenía una cita con un marroquí, un vendedor ambulante.

No; hablaban de Pasquale por otra razón. Pero es inútil continuar interrogando a Gianni. No habrá perdido la costumbre de mantenerse en sus trece.

—¿Puedo volver dentro? —le pregunta Gianni.

\* \* \*

Todavía inclinada sobre el lavabo, Anna oye que se abre la puerta del baño. Solo

puede ser Rena. Se vuelve para pedirle disculpas por la intrusión y se encuentra con Andrea. Se queda inmóvil, con la cara goteando.

Andrea está también como petrificado. Se miran.

Ella nota que le fallan las piernas y, lentamente, cae de rodillas. Él no se mueve.

—Por lo que más quieras —gime Anna con voz queda—, por lo que más quieras, vete. ¡De aquí, de mi vida! ¡Vete!

Andrea da media vuelta y se va.

Fabio y Rena salen a la terraza. Hablan en voz baja y ríen. Quizá recuerdan algún episodio divertido de su relación. Después de romper, han seguido siendo amigos. Se interrumpen al ver a Matteo.

—¿En qué piensas, tan solitario? —le pregunta Rena.

«Tengo que aprovechar la ocasión que se me presenta», se dice Matteo.

—En nada importante —responde—. Intentaba recordar a nuestros compañeros de universidad, quién sabe por qué. A algunos los he perdido totalmente de vista. — Se felicita a sí mismo. Ha escogido bien el cebo; Fabio debería picar.

—¡Éramos tantos! —objeta este—. ¿Cómo va uno a...?

—Yo me acuerdo en particular de Giulio Piccinni, que iba con nosotros, y de Mario Lanzetta, que estaba en otro curso —interviene Rena.

Fabio y Matteo cruzan una rápida mirada de entendimiento. Rena se acuerda de ellos «en particular» porque se acostó con los dos.

Matteo le da mentalmente las gracias, porque de esa forma puede abordar el tema de frente.

—¿Y ese Lanzetta no era amigo de un tal Pasquale...? Espera, no recuerdo el apellido... ¿Vitruviano?

—¿Vesuviano, quizá? —dice Fabio.

¡Ha picado!

—Sí, exacto, Vesuviano.

Pero Fabio no añade nada más.

—No sé si eran amigos —dice Rena—. A Vesuviano lo conocí en otra ocasión y no me gustó. Me pareció un tipo siniestro. De los que es mejor mantenerse a distancia.

Matteo se sobresalta. ¿Conocía Rena a Vesuviano? ¡Joder! ¿Es que lo conocían todos?

—Pero ¿por qué te has emperrado en querer recordar a los...? —empieza Rena.

—No lo sé —la interrumpe Matteo—, quizá porque esta noche Gianni vuelve a estar con nosotros... Y, además, porque hace un rato he oído que Fabio le preguntaba a Gianni por Pasquale.

Ya está, ha puesto en la mesa su carta más alta. Contiene la respiración en espera de la respuesta de Fabio.

—Ah, sí. Como sabía que murió en un accidente, quería conocer los detalles y pensé que Gianni sabría algo más...

¡Ah, no! Aquí hay algo que no cuadra. Pero ¡si Gianni acaba de decirle que Fabio no sabía nada de la muerte de Pasquale! Entonces, ¿miente también Fabio?

¿Qué es esto? ¿Un complot contra él? ¿Por qué ha estado Anna hablando tanto rato con Gianni? ¿Es ella quien mueve los hilos de ese asunto?

Gianni se ha encerrado en el cuarto de baño de invitados para esnifar toda la coca que llevaba encima. Lo necesitaba. Ha conseguido inventarse una explicación para Matteo, pero no está seguro de que se la haya creído. Lo de no alarmarlo y disipar sus temores ha sido una reacción espontánea. Matteo tiende a ser impetuoso, actúa sin considerar las situaciones a fondo previamente, y, en este caso, un paso en falso con Fabio podría significar la perdición. Porque él también es presa del pánico; se lo esperaba todo menos que Fabio sacara a colación el nombre de Pasquale Vesuviano. Ha sido un mazazo imprevisto que lo ha dejado aturdido.

Ahora, sin embargo, se siente bastante más lúcido e intenta razonar.

Es muy probable que las preguntas de Fabio no tengan nada que ver con la historia de las fotos. Tal vez Fabio se ha enterado en los tribunales de la denuncia presentada contra él por la hermana de Pasquale y ha querido informarse por pura y simple curiosidad. Y él, que se siente culpable, lo ha malinterpretado.

Sí, sin duda las cosas han sido así.

Cuando Anna regresa al salón, todos están concentrados escuchando a Gianni, que habla del partido bajo cuyo lema presenta su candidatura y que nadie ha oído nombrar hasta entonces.

—En esencia —dice Fabio—, sois un subproducto del trotskismo. Y yo que lo daba por muerto y bien sepultado...

—Lo único que hace vuestra lista es dividir —añade Andrea—. Le quitáis votos a la verdadera izquierda.

—O sea que, según tú, ¿nosotros somos una izquierda falsa? —pregunta Gianni, alterado.

Andrea se dispone a responder, pero entonces interviene Rena:

—¡Uf! ¡Ya está bien de política! ¡Es un aburrimiento mortal!

—¡Sí, es verdad! ¡Dejadlo! —la apoya Giulia.

Rena coge del brazo a Gianni y lo aleja de Andrea y Fabio.

Matteo está harto de esa velada. Necesita reflexionar detenidamente a solas.

—¿Nos vamos a casa? —le propone a Anna.

Ella lo mira perpleja. Matteo es siempre el último en querer marcharse. Pero acepta con gratitud.

Por fin, fuera de esa pesadilla.

Se acerca a Rena, que sujeta de un brazo a Gianni, el cual quiere alejarse.

—¡Vamos, Gianni, contéstame!

—¡Déjame en paz! ¡No hagas preguntas tontas! —replica él. Y como Rena no se decide a soltarlo, exclama en voz alta, realmente enfadado—: ¡Eres una auténtica cabrona!

Se le traba un poco la lengua. Es evidente que está borracho. Quizá no debería haber dejado que lo convencieran para beber.

—¿Qué pasa? —pregunta Andrea.

Ahora todos miran con curiosidad a Rena, que parece disgustada.

—No lo sé... Le he preguntado a Gianni cuál era el primer recuerdo de su vida y él... No comprendo por qué lo ha tomado tan a mal.

Todos desvían la mirada hacia Gianni. Esperan una explicación. Pero él no dice nada; con cierta dificultad, saca del bolsillo un paquete de tabaco y el encendedor, y sale a la terraza apoyándose en las paredes y los muebles.

En vista de que Anna se ha quedado pasmada al lado de Rena, como si el arrebató de Gianni la hubiera asustado, Matteo toma la iniciativa.

—Chicos, nosotros nos vamos —anuncia.

Rena, como es natural, protesta:

—Pero ¡si es prontísimo! ¿Qué prisa tenéis? ¿No estáis a gusto aquí? ¡Diez minutos más, venga!

—Además, Matteo —añade Andrea—, no creo que Gianni esté en condiciones de conducir. Me parece que tendrás que llevarlo tú a casa.

Lo que equivale a: «Tú nos lo has traído y tú te lo llevas». Matteo abre los brazos, resignado.

—Solo diez minutos —murmura.

—Entonces voy a fumarme un cigarrillo yo también —dice Anna, y sale a la terraza.

A través de la cristalera, Matteo sigue con los ojos a su mujer, a la que Gianni intenta en vano encender un cigarrillo; ve cómo ella le quita el encendedor, prende la llama, da una larga calada e inclina la cabeza hacia atrás para exhalar el humo. Luego, Gianni se apoya en el antepecho de espaldas al salón, Anna se queda inmóvil a dos pasos de él, y se ponen a hablar. Pero ¿qué tienen que decirse? ¡Si en el instituto y la universidad apenas se veían! No pueden tener recuerdos comunes, así que, no cabe duda, hablan de él. Esa cabrona de Anna —porque, cuando quiere, consigue ser una auténtica cabrona— estará informándose con habilidad sobre sus deslices juveniles. Matteo se pone nervioso otra vez, no logra apartar la mirada de los dos, ni siquiera advierte que Giulia está diciéndole algo. De pronto la oye reír y se la encuentra delante, observándolo divertida.

—¿Eh? ¿Qué decías?

—Nada importante. Pero, si tanto te molesta que Anna fume, ¿por qué no se lo dices abiertamente?

Giulia se equivoca; su nerviosismo es fruto de otro malestar con mucha más base, pero el equívoco juega a favor de él.

—¡Si supieras cuántas veces lo he hecho! De vez en cuando intenta dejarlo, pero luego vuelve a caer.

—Yo tuve que recurrir a un especialista para dejarlo —interviene Fabio—. Hacerlo solo es difícilísimo.

—¿A qué edad empezaste? —le pregunta Rena.

—Estaba en el primer curso de instituto.

—Pues yo di la primera y última calada a los tres años —dice Giulia.

—¡Anda ya! —exclama Andrea, incrédulo.



—¿En serio! Guardo un recuerdo de lo más nítido. Mi padre estaba leyendo el periódico en una butaca y había dejado el cigarrillo encendido en el cenicero de la mesa, a su lado. Era una mesa muy baja. Yo alargué una mano, cogí el cigarrillo e hice lo mismo que le había visto hacer a él cientos de veces. Después lo dejé en su sitio y papá no se enteró de nada.

—¿Y no te dio un ataque de tos? —pregunta Rena.

—No.

—Es imposible —dice Andrea—. A lo mejor no lo recuerdas.

—No; fue exactamente como os lo cuento. Es el primer recuerdo preciso que tengo de mi vida.

No, no es ese el primer recuerdo de su vida; Fabio lo sabe muy bien. Entonces, casi para solidarizarse con ella incluso en la mentira, se inventa uno él también de buenas a primeras.

—En mi caso, el primer recuerdo se remonta a cuando tenía dos años y medio. Mi abuelo, que estaba enfermo, se hallaba sentado en un sillón y me tenía sobre las rodillas. Me entretenía con un juego chulísimo. Como justo enfrente del sillón estaba el espejo del armario, el abuelo me cogía por los hombros y me inclinaba lentamente hacia un lado hasta que dejaba de verme reflejado, y luego volvía a ponerme recto igual de despacio, haciéndome reaparecer. Recuerdo que me reía muchísimo.

—¿Cómo puedes decir con tanta exactitud que tenías dos años y medio? —pregunta Rena.

—Porque mi abuelo murió cuando me faltaban unos meses para cumplir tres años.

—Gianni se encuentra mal —dice Anna, irrumpiendo en el salón.

A través de la cristalera, todos ven a Gianni sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el antepecho y la cabeza inclinada hacia delante.

\* \* \*

Gianni es un monigote inerte, incapaz de mantenerse en pie. Mientras Anna lo sostiene para que no caiga dentro de la bañera, en cuyo borde lo han sentado, Matteo le quita la americana, la corbata y la camisa y las echa a la bañera. Después lo sujeta por las axilas para llevarlo hasta el lavabo y ponerle la cabeza bajo el grifo.

Pero no llega, porque a Gianni le da una violenta arcada. Así que Matteo lo arrodilla delante del váter.

—Yo me voy —dice Anna—; si no, acabaré vomitando también.

—Dile a Rena que prepare café bien cargado.

—¿Y el tuyo cuál es? —le pregunta Giulia a Andrea.

—¿Sabéis qué? No tengo un verdadero recuerdo mío anterior a los cinco años.

—¡No me lo creo! —replica Giulia.

—¡A los cinco años yo ya iba al colegio! —interviene Fabio.

—En serio, chicos. Antes de esa edad, oscuridad total, debéis creerme.

Fabio, sin embargo, no lo cree.

Hace años que, debido a su profesión, tiene contacto con personas que deben defenderse mintiendo. Algunas son muy buenas, llevan la mentira con la misma naturalidad que una corbata; a otras, en cambio, se les nota enseguida que no dicen la verdad. Andrea pertenece a esta segunda categoría.

\* \* \*

—Aquí está el café —anuncia Rena.

Deja la bandeja con la cafetera, la taza y el azucarero encima de un taburete, y lo sirve.

—Nada de azúcar —ordena Matteo.

Gianni está sentado en el bidé con el torso desnudo; tiene los pantalones y el pecho manchados de vómito. En el cuarto de baño hay un olor asqueroso y Rena arruga la nariz.

—Tenemos un cuartito con dos camas. Quizá sea mejor que se quede a dormir aquí.

—¡No, no! ¡Dentro de diez minutos está en pie! —asegura Matteo.

—¿Y el tuyo? —pregunta Fabio en cuanto aparece Rena.

—¿Mi qué?

—¿Cómo está Gianni? —se entromete Andrea.

—Matteo espera poder ponerlo en pie dentro de diez minutos.

—Dinos cuál es el tuyo —insiste Fabio.

Giulia lo mira, se ha dado cuenta de adónde quiere ir a parar.

—¿Mi qué? —repite Rena.

—Tu primer recuerdo.

—¡Ah, eso! —Y sonrío.

Para Fabio está claro que pretende ganar tiempo.

—¿No quieres contárnoslo? —dice Giulia—. ¿Quieres guardártelo solo para ti?

Le ha salido una voz un poco histérica. La discusión con Andrea, que esa noche se está esmerando para ser más desagradable de lo habitual, la ha puesto de mal humor. Y su mal humor, si cuenta con la ayuda del alcohol, degenera a menudo en cierta maldad.

—¡Nada más lejos! Ahora mismo os complazco. Teníamos una casa en las afueras, con un jardín muy grande, inmenso, o al menos a mí me lo parecía, y yo iba siempre a sentarme bajo un árbol...

—¿Tienes hermanos? —la interrumpe Fabio.

—No. Bueno, sí.

—¿Tienes o no?

—Tenía una hermana unos años mayor que yo, Tilde.

—¿Por qué dices «tenía»?

—Porque murió a los siete años.

—Ah, lo siento. ¿Y de qué murió? —pregunta Giulia, fingiendo no saber nada.

—Los médicos no supieron decir la causa.

—Bueno, ¿y ese primer recuerdo? —la apremia Fabio.

—Estoy sentada bajo ese árbol, Tilde está a mi lado y miramos un libro de hadas.

Eso es todo.

Giulia y Fabio cruzan una fugaz mirada. La versión que Rena está dando es parcial, no puede sino ser el inicio de lo que sucedió después.

Gianni sigue en estado catatónico. Matteo le ha lavado el pecho y limpiado un poco los pantalones antes de ponerle la camisa. En un estante ve un frasco de Agua de Vetiver y echa unas gotas sobre el pelo y la camisa de Gianni para eliminar el olor a vómito. Luego se inclina sobre la bañera para coger la americana.

Una carta doblada en cuatro y sin sobre ha caído de un bolsillo. La deja de momento en el fondo de la bañera mientras, con mucha dificultad, le pone la americana a Gianni.

Después recoge la carta, le echa un vistazo distraído y el mundo se le cae encima.

Ha leído un nombre: Pasquale Vesuviano.

—¡Ah, no! ¡No puedes eludir la sesión colectiva! —exclama Fabio en broma.

—¡Ni que estuviéramos en el psicoanalista! —protesta Anna.

—Te ofrezco una escapatoria —interviene Giulia—. No tenemos ninguna posibilidad de saber si lo que nos cuentas es verdad o no. Por tanto, tienes plena libertad para...

—¿Mentir? Yo nunca miento, ni siquiera para jugar —afirma Anna con absoluta llaneza.

—Venga, cuéntalo.

Es Andrea el que ha hablado. ¿Por qué quiere que los demás se enteren también de lo que él sabe perfectamente? ¿Piensa que así puede aligerarse la tensión que hay entre los dos? ¿O simplemente desea incomodarla? ¿Quiere vengarse de cuando ella, en el baño, le ha suplicado que se fuera no solo de aquella habitación, sino de su vida?

—No es agradable —advierde.

—Paciencia —dice Giulia.

—Está bien. Mi primer recuerdo es este: una cama empapada de sangre. No recuerdo nada más, solo aquel rojo por todas partes.

Ha hablado con voz firme y clara. Sencilla y auténtica. Nadie quiere saber más. Se hace un denso silencio, roto al cabo de un momento por ella misma en un tono ligeramente irónico:

—¿Y el tuyo cuál es, Andrea?

Matteo ha terminado de leer la carta.

No es rabia lo que lo asalta, sino una auténtica furia incontrolable. Un temblor convulsivo le sacude el cuerpo, le rechinan los dientes sin ser consciente de ello.

Da un paso adelante y, con todas sus fuerzas, le propina a Gianni una patada en plena cara. La cabeza de Gianni golpea con violencia los azulejos y un borbotón de sangre le brota de la nariz. Su cuerpo resbala lentamente hacia un lado, cae al suelo.

De pronto, Matteo recupera la calma y la lucidez.

Incorpora a Gianni, le mete la carta en el bolsillo, le tapona la nariz con la esquina de una toalla mojada, manteniéndole la cabeza hacia atrás. Una vez cortada la hemorragia, le lava la cara, lo levanta, le mete la cabeza bajo el grifo del lavabo y deja correr el agua.

Al poco oye la voz sofocada de Gianni:

—¡Ya vale! ¡Ya vale!

—Muy bien, si os empeñáis, os lo cuento —cede Andrea.

En ese momento entra Matteo.

—¿Cómo está? —pregunta Rena.

—Empieza a recuperarse. ¿Puedes prepararme otro café?

—Claro —contesta Rena, dirigiéndose a la cocina.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —le dice Matteo a Fabio.

Fabio se acerca. Matteo lo coge de un brazo y se lo lleva al pasillo.

—¿Es verdad que la hermana de Vesuviano ha denunciado a Gianni por apropiación indebida? ¿Tú sabes algo de ese asunto?

La hermana que según Gianni vivía en Nueva York resulta que, como se ha enterado por la carta, continúa viviendo en Nápoles.

—¿Quién te lo ha dicho? —Fabio está desagradablemente sorprendido.

—Con la cogorza que ha pillado, Gianni no ha hecho otra cosa que hablar de eso. Está muy preocupado. Pero he pensado que quizá se trate de un alucine de borracho.

—No. De hecho, me enteré hace muy poco de que me ocuparé yo del caso. Resulta que Vesuviano no murió en el acto, sino unos días después del accidente a causa de las heridas, y tuvo tiempo de nombrar albacea a Gianni. Según su hermana, él se apropió de algunos cuadros de valor que estaban en el piso de Pasquale, aquí, en

la ciudad.

—Gianni jura y perjura que esos cuadros no estaban, que Pasquale los había vendido.

—Sí, lo sé, es su línea de defensa. Mira, vamos a hacer una cosa. De momento tranquilízalo. Y luego, como algo totalmente excepcional, en consideración a nuestra amistad... No debería, pero... dile que venga a verme el jueves a las tres e intentaremos hablar del asunto con calma. Pero, por favor, nada de llamadas.

—Gracias.

O sea, que todo coincide.

Las palabras de Fabio confirman lo que ha leído en la carta del abogado defensor de Gianni.

Se lo acusa de haber sustraído cuadros, no documentos. Y mucho menos fotografías.

Puesto que nadie sabía nada de esas fotos, Gianni no debió de conocer su existencia hasta que las encontró entre los papeles de Pasquale.

Y el muy canalla ha organizado un falso chantaje para sacarle un montón de dinero. Las fotos se las ha mandado él mismo. Seguro que no tiene ningún cómplice. Y él, Matteo, ha picado como un gilipollas.

Pero ahora sabe lo que debe hacer.

—Bueno, ¿qué pasa con ese relato? —pregunta Fabio al volver al salón.

—Esperemos a que regrese Rena —dice Andrea.

—¿Por qué? ¿A ella no se lo has contado? —pregunta Giulia.

—No, nunca hemos tenido ocasión de hablar de eso.

Levanta los ojos y mira a Anna, que le devuelve la mirada. Se han entendido. Ese asunto solo los atañe a ellos dos, el secreto que los une tan estrechamente no puede revelarse a nadie más.

Por consiguiente, Andrea contará una historia cualquiera.

\* \* \*

Rena lleva el café.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta a Gianni, que ahora está sentado de nuevo en el bidé, impecablemente vestido.

Tiene la cara tumefacta, amoratada en algunos puntos. De vez en cuando se toca la boca, tiene el labio superior partido. Debe de dolerle mucho, porque se queja.

—Se ha caído y no me ha dado tiempo a sujetarlo. Se ha golpeado la cara con el borde de la bañera —explica Matteo.

Gianni asiente con la cabeza. No está en condiciones de hablar. Pero no le cuesta creer que las cosas han sucedido como se las ha contado Matteo. No recuerda nada.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí? —le propone Rena.  
Gianni niega con la cabeza.

—Entonces, ¿me toca a mí? —pregunta Andrea.

—Sí, ánimo —dice Fabio.

—Mi primer recuerdo no es fácil de contar. Quizá sea mejor resumirlo en pocas palabras, justo las necesarias. Es de cuando tenía tres años o poco más. Yo dormía en un cuartito separado. Una noche me despierto presa de un miedo atroz, debía de estar soñando algo malo. Bajo de la cama para ir al dormitorio de mis padres a refugiarme en su cama. En el interior, la luz está encendida. Entro deprisa y veo a mi padre desnudo, sentado en el borde de la cama, y a mi madre, también desnuda, arrodillada entre sus piernas. No me han visto entrar, así que continúan. Intrigado, evito hacer ruido. De pronto, veo que mamá tiene en la boca la colita de papá. Suelto un grito y me echo a llorar diciendo: «¡No se la muerdas!» ¿Os ha gustado?

Todos se sienten un tanto violentos.

Rena, en cambio, está atónita. Porque ese recuerdo no es de Andrea. Se lo ha contado ella esa misma tarde, lo ha recordado durante los preliminares, mientras se trabajaba a Andrea con la boca. Esa anécdota pertenece a un amigo suyo de los tiempos de la universidad.

—Veo que mi historia os ha incomodado —añade Andrea sonriendo—. Pero qué queréis que haga, eso es lo que pasó. Mis padres me consolaron, me dijeron que estaban jugando y me llevaron a la cama. Lo peor vino después.

—¡No fastidies! ¿Qué pasó? —pregunta Giulia.

—Pues que a la mañana siguiente me despertaron los gritos y llantos de mi madre. Al despertar, se había encontrado a mi padre muerto a causa de un infarto.

—¡No me lo creo! ¡Eso es fruto de tu imaginación enfermiza! —salta Fabio.

—¿No te lo crees?

—No.

—Pues siento decirte que es la realidad la que tiene una imaginación enfermiza —rebate Andrea.

En medio del silencio que ha descendido sobre el salón, se sirve otra copa de vino. Giulia se acerca a Fabio. Anna va a apoyarse en la puerta cristalera.

—Voy a ver cómo está Gianni —dice Rena.

Y sale casi corriendo.

\* \* \*

—Si mi relato os ha hecho sentir mal, puedo cambiar de versión a petición de los presentes —ofrece de repente Andrea.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Fabio, perplejo.

—Lo que he dicho. Si la historia de mis padres se os ha atravesado, puedo ofreceros otro primer recuerdo.

—No se pueden tener dos primeros recuerdos —objeta Fabio.

—A no ser que el que nos has contado sea falso —observa Giulia.

—¿Quieres decir que he hecho trampa?

—Sí.

—Pues bien, señorías del tribunal, lo reconozco. Ese recuerdo no era mío.

—¿Y de quién era?

—No lo sé. Me lo contaron y yo lo he reutilizado.

—¿Por qué?

—Porque me apetecía, ¡así de sencillo!

—Anda, ahora déjate de historias y dinos cuál es el tuyo de verdad —lo insta Fabio.

—De acuerdo. Tenía una niñera que se llamaba Erminia y que me llevaba al parque. Yo me ponía a jugar con los otros niños y ella se sentaba en un banco. Era muy joven y guapa. Al cabo de un rato llegaba un marinero...

Anna no quiere seguir oyéndolo. Se vuelve hacia la terraza. No, Andrea no debería contar ese recuerdo.

Rena abre la puerta del baño.

—¿Puedes venir un momento? —le pide a Matteo.

Él sale al pasillo.

—Oye, he pensado una cosa —dice ella—. Consigamos que Gianni se quede a dormir aquí y tú dices que, como se encuentra tan mal, quieres hacerle compañía. Así os acostáis los dos en el cuarto de las camas pequeñas.

—¿Y...?

—Cuando haya pasado un rato, voy contigo.

—Pero ¿tú estás loca? ¿Y Andrea?

—Cuando duerme, no lo despierta ni un bombardeo. Y está claro que Gianni se dormirá como un tronco. ¿Qué te parece?

—Me parece una gilipollez —le espeta Matteo, y entra de nuevo en el baño.

—...Nada más abrir Erminia la puerta de la calle, el marinero entró con nosotros. «Tú espera aquí», me dijo Erminia delante del ascensor. Ella se fue con el marinero y bajó al patio, donde había coches aparcados y también unos cuartitos en alquiler. Pero yo no obedecí y, en cuanto ellos bajaron, los seguí. Los vi entrar en uno de esos cuartitos, del que Erminia tenía llave. Al cabo de un rato me acerqué a la puerta, que estaba entornada, y miré dentro. Erminia estaba con la espalda apoyada en la pared y el marinero se encontraba entre sus piernas. Ese es mi primer recuerdo: un hombre y

una mujer follando. ¿Contentos?

—Estás obsesionado —comenta Fabio.

—¿Y tú no?

Fabio se dispone a replicar, pero se contiene. Ha leído una amenaza en los ojos de Andrea. ¿Qué te apuestas a que Rena le ha contado hasta los detalles más íntimos de su relación? Andrea sería muy capaz de airearlos en público. Pero los demás están mirándolo y debe reaccionar.

—¿Con qué se supone que estoy obsesionado?

—A ti, cuando se te mete en la cabeza que alguien es culpable...

—¡Pero bueno, Andrea, ya está bien! ¡No empieces otra vez! —salta Giulia.

Andrea la mira sorprendido. Va a dar por zanjado el asunto, pero la presencia de Anna, que sigue dándole la espalda, actúa en él como un excitante.

—Nada de ya está bien, yo quiero...

—Capullo —lo interrumpe Fabio, y se aleja unos pasos.



Anna se vuelve por fin hacia el salón. Andrea no ha contado su primer recuerdo; lo que ha hecho es empezar diciendo la verdad y cambiar por completo la segunda parte.

Así que no ha sacado a la luz el hilo subterráneo que siempre los ha unido, como ella temía.

Pero inmediatamente después comprende que si Andrea no lo ha hecho es porque le daba miedo que, al revelarlo a los demás, ese hilo perdiera en parte la fuerza que los mantiene unidos. Pese a que en la actualidad están a la máxima distancia que la longitud del hilo permite. Por suerte para los dos.

Levanta los ojos para hacer una pregunta silenciosa. Y encuentra los ojos de Andrea, que le dan la respuesta temida y a la vez deseada.

De golpe nota en su interior un temblor continuo, que en el bajo vientre se transforma en contracciones cada vez más agudas.

Está sudando y le cuesta respirar.

Debe irse lo antes posible de esa casa. Allí está en peligro.

Está claro que Gianni no logra sostenerse en pie.

«Pero ¿cómo es que ha acabado así?», se pregunta Matteo.

Al fin y al cabo, todos han bebido más o menos lo mismo y nadie más da muestras de embriaguez. Gianni debe de haber mezclado vino y whisky, y no está acostumbrado. Y quizá ha esnifado coca.

—Llé... vame... casa.

Todavía no acierta ni a hablar.

—Intenta comprenderlo, Gianni. Tal como estás, yo no te acompaño a tu casa. Te dormirías en el coche y luego tendría que subirme hasta tu piso (y me has dicho que no hay ascensor), desnudarte, meterte en la cama... No pienso hacerlo. Ahora voy a llevarte a la terraza, y te quedarás ahí tomando el aire hasta que te encuentres mejor y puedas andar por ti mismo. ¿De acuerdo?

Gianni asiente con la cabeza. Matteo no cree que haya entendido lo que acaba de decirle, pero le da igual.

En ese momento se abre la puerta del baño y aparece Anna.

—Oye, quiero irme.

Su intención es del agrado de Matteo; cuando tenga que actuar, cuanta menos gente haya alrededor, mejor.

—De acuerdo, pero tienes que dejarme el coche. Lo necesitaré más tarde para

acompañar a Gianni. No puede ni mantenerse en pie, así que...

—Voy a pedir un taxi.

—Haz lo que quieras.

Anna se dispone a salir, pero da media vuelta.

—¿Vuelves a casa esta noche o te quedas en casa de Gianni?

Esas palabras le provocan una irritación sorda. No es una pregunta inocente, sino una insinuación maliciosa. Lo ha comprendido por el tono de su mujer. Quiere controlarse, pero no lo consigue; desde que ha tomado la decisión de hacer lo que debe hacer, sus nervios están tensos, vibran por cualquier insignificancia.

—Vuelvo, vuelvo. Además, tal como está Gianni, no sirve ni para tirárselo.

—Ji,ji,ji...

Gianni ríe; debe de haber oído algo y le ha parecido muy gracioso.

—Eres un imbécil —espeta Anna, saliendo.

—No hay taxis en la zona —dice Andrea, colgando el teléfono.

—Los sábados por la noche... —comenta Giulia.

—Entonces iré andando hasta la parada más cercana.

—Vamos, Anna, allí tampoco encontrarás.

—Antes o después llegará alguno.

—Ya, pero vete a saber cuánto tendrás que esperar —objeta Fabio—. No sé si te conviene.

—Puedo acompañarte —se ofrece Andrea.

—No, gracias. —Instintivamente, lo ha rechazado estirando un brazo, como para alejarlo de sí. Lo ve sonreír y se irrita.

—Dentro de cinco minutos vuelvo a llamar al radiotaxi, ¿vale? —dice Andrea.

—Vale —se resigna Anna.

Pero sabe que está cometiendo otro error, aparte del de haber ido a casa de Andrea. Porque siente que, con cada minuto que pasa, algo indescifrable pero oscuramente amenazador adquiere consistencia, se espesa en torno a ella.

Es una sensación que le da miedo, mucho miedo, desde luego, pero que al mismo tiempo le produce en lo más profundo un intenso placer.

Matteo y Gianni entran en el salón.

Gianni tiene el brazo izquierdo sobre los hombros de Matteo, que a su vez lo sostiene rodeándole la cintura con el brazo derecho. Gianni da pasos cortos arrastrando los pies, con las rodillas ligeramente flexionadas y la cabeza inclinada hacia el pecho.

—Lo llevo a la terraza a tomar un poco el aire —dice Matteo.

Todos enmudecen, siguen con los ojos el lento paso de los dos. Nadie pregunta

qué le ha pasado a Gianni; está claro que Rena ya se lo ha contado.

Cuando salen a la terraza, Rena les acerca una tumbona.

Matteo sienta a Gianni.

Se ha levantado un ligero viento.

\* \* \*

Anna también sale a la terraza.

No soporta más estar encerrada. Enciende un cigarrillo y empieza a caminar de un lado a otro.

La terraza tiene forma de ele; la parte más corta, donde hay una cristalera que da a la cocina, es la menos frecuentada por los invitados, ya que carece de mesas y tumbonas.

Allí es donde Anna descubre sus macetas desoladoramente vacías, amontonadas unas sobre otras. Rena debe de utilizar esa parte de la terraza como una especie de almacén de desechos; hay una lavadora vieja que no funciona, una cama plegable y una pequeña librería que había comprado ella y a la que le tenía mucho apego. Nota cómo aumenta el odio que siente hacia Rena.

Se acerca a Matteo, que está apoyado en el antepecho y no la oye llegar.

—¿Cómo va la cosa?

Él se vuelve, sorprendido.

—¿Todavía estás aquí?

—No hay taxis disponibles.

Miran a Gianni.

—Me parece que se ha dormido —señala Anna.

—Si se duerme, ya no habrá manera de despertarlo —dice Matteo. Se inclina hacia Gianni y lo zarandea por un hombro—. ¡Despierta!

—¿Eh? —Abre los ojos.

—Levántate.

Gianni lo intenta, pero no puede; se levanta a duras penas y vuelve a caer sentado. Matteo lo coge por las axilas y lo obliga a ponerse en pie.

—La... ca... beza... Me... da... vueltas... la cabeza...

—Apóyate en el antepecho.

Anna aparta la tumbona y entra en el salón.

—Sigue sin haber taxis —le dice Andrea—. Acabo de llamar otra vez.

—No importa; creo que Gianni se está recuperando. Puedo esperar un poco más.

Andrea, que estaba mirándola, vuelve lentamente los ojos hacia la terraza.

Ella, en cambio, continúa con los ojos clavados en él. Entonces Andrea repite el movimiento. Es una clara invitación a que mire lo que está mirando él. Pero Anna se

niega. Inmóvil, petrificada, ha comprendido lo que quiere comunicarle.

Matteo sabe que ya no dispone de mucho tiempo. O ahora o nunca. Habría sido mejor que Anna no estuviera presente, pero no piensa desaprovechar la ocasión.

No obstante, necesita algo que le afloje la tensión; teme cometer algún error. ¿Y si tomara un buen vaso de whisky? Él aguanta el alcohol; no es un blandengue como Gianni.

Se asoma al salón.

—Anna, por favor, ¿me traes un whisky solo?

Le han entrado ganas de orinar, quizá por el nerviosismo. Pero no piensa perder de vista a Gianni.

Lo mira detenidamente.

Está de pie, de espaldas al salón, con las manos apoyadas sin fuerza en el antepecho, que le llega muy por debajo del ombligo, y se tambalea ligeramente.

Matteo se dirige hacia la parte más oscura de la terraza, la corta. Ve unas macetas vacías y las utiliza para orinar.

Anna llena un vaso de whisky hasta la mitad, una cantidad excesiva después de todo lo que han bebido, pero confía en que surta efecto en Matteo y que este se duerma en cuanto se meta en la cama. Así ella se ahorrará la monta nocturna.

Se dirige sin prisa a la terraza. Lleva el vaso en la mano izquierda.

Andrea está apoyado en la cristalera. En cuanto Anna llega a su altura, gira sobre sí mismo y se acerca a ella. Su mano izquierda roza la derecha de Anna, que se estremece al notar el contacto; luego, los dedos de Andrea se entrelazan estrechamente con los suyos. Ella está pálida, camina rígida y con lentitud. Parece que esté celebrando un rito. Oye confusamente a Rena hablando con Fabio y Giulia. No se han dado cuenta de nada.

Matteo está doblando la esquina de la terraza para volver junto a Gianni cuando ve que Anna y Andrea vienen del salón y avanzan despacio, muy juntos, hacia Gianni. Algo en su forma de andar impele a Matteo a quedarse inmóvil mirándolos, fascinado. Cuando llegan justo a la espalda de Gianni, Matteo advierte que van cogidos de la mano.

Anna se inclina ligeramente a un lado para dejar el vaso sobre el antepecho y se

yergue de nuevo.

Ahora, Anna y Andrea se miran, liberan las manos del apretón recíproco.

La mano derecha de Anna y la izquierda de Andrea, con un movimiento que a Matteo le parece perfectamente coordinado, se elevan como a cámara lenta, se detienen en la espalda de Gianni y se apoyan con suavidad a la altura de sus omóplatos.

Gianni no los mira; continúa balanceándose ligeramente.

Anna se desplaza hacia delante, su cara está pegada a la de Gianni.

—¿Cómo estás?

Gianni no responde.

Anna vuelve a mirar a Andrea. Matteo, quizá debido a un efecto de la luz, no le ve los ojos; en su lugar hay dos cavidades oscuras, profundísimas.

Ha sido como un juego de ilusionismo: un instante antes, el cuerpo de Gianni estaba, y un instante después, ya no está. El espacio que ocupaba lo han invadido ahora Anna y Andrea, fundidos en un abrazo, con las bocas juntas. Luego echan a correr hacia el lado corto de la terraza, pasando por delante de un Matteo inmóvil, incapaz de hacer un gesto ni articular una palabra, pero ni siquiera lo ven.

Matteo inspira hondo. Ahora sabe lo que debe hacer: avanza con decisión, llega al punto desde el que Gianni ha caído, mira hacia abajo. El cuerpo ha acabado sobre el techo de un coche, es un monigote desarticulado. Matteo no tiene la menor duda de que está muerto. Solo entonces profiere un grito y entra precipitadamente en el salón.

—¡Gianni se ha caído!

Mientras Fabio, Rena y Giulia, atónitos, salen corriendo a la terraza para mirar, Matteo telefona, dice que ha ocurrido una desgracia, que un amigo suyo se ha caído desde un sexto piso, que manden a un médico, una ambulancia.

Cuelga y ve que Fabio y Rena entran sosteniendo a Giulia, que se ha desmayado. La tumban en el sofá.

—He llamado para pedir una ambulancia —dice.

Sale de nuevo a la terraza, pero va directo hacia la esquina del lado corto. Asoma la cabeza.

Anna y Andrea están tendidos en el suelo, desnudos. Anna está a horcajadas sobre Andrea, emite un «aaahhh» largo y ronco, tiene la cabeza echada atrás, el pelo le sube y le cae sobre los hombros debido al frenesí de sus movimientos.

Matteo regresa al salón, donde Giulia acaba de volver en sí.

—Voy abajo.

—Te acompaño —dice Fabio. «¿Cómo es que nadie se pregunta dónde se han metido Anna y Andrea?», piensa Matteo. En cualquier caso, mejor así.

Se ha equivocado: Gianni está vivo. El médico dice que todavía respira, pero que difícilmente saldrá de esa. Una decena de curiosos se han congregado alrededor. Dos camilleros levantan con mucha precaución el cuerpo de Gianni, lo ponen sobre la camilla y lo meten en la ambulancia.

—¿Puedo acompañarlo? —pregunta Fabio.

El médico hace un gesto negativo. La ambulancia se pone en marcha. Fabio la sigue con su coche.

—Muéstreme desde dónde ha caído y cómo ha sucedido —le pide un subcomisario a Matteo.

Al entrar en el salón, Matteo no ve a Anna ni a Andrea, pero enseguida descubre que están en la terraza, impecablemente vestidos. Cuando ellos se percatan de la llegada de Matteo con un tipo al que no conocen, se apresuran a entrar. Matteo los observa mientras presenta al subcomisario. Están un poco alterados, pero todos tienen la cara descompuesta a causa de la desgracia.

Matteo sigue al subcomisario, que sale a la terraza.

—Como necesitaba urgentemente orinar —explica— y no quería dejar mucho rato solo a mi amigo, en vez de ir al cuarto de baño me he apartado hacia allí.

Y señala el lado corto de la terraza. En ese momento llegan también Anna y Andrea, que se quedan escuchando.

—Al regresar hacia Gianni, he visto que mi mujer salía a la terraza con un vaso de whisky en la mano. Se lo había pedido yo hacía un minuto. Con ella estaba también Andrea.

El subcomisario mira a este último.

—Sí —confirma Andrea.

—Estaban justo detrás de mi amigo, cuando este se ha asomado doblando todo el cuerpo hacia delante. Un segundo después ya no estaba.

—Ha sido exactamente así —confirma Anna.

—¿No ha gritado?

—No —contesta Matteo—. En mi opinión...

—¿Sí...?

—En mi opinión, ni siquiera se ha dado cuenta de que caía. Estaba demasiado borracho, no acostumbra beber.

—¿Y los demás dónde estaban?

—En el salón, charlando. Fabio, el que ha ido detrás de la ambulancia, es fiscal... —deja caer Matteo.

—¿Ah, sí? —dice el subcomisario, interesado.

—Sí, fiscal suplente. Como decía, Fabio estaba hablando de un juicio, creo. O sea, no han visto nada. Se han enterado cuando yo he entrado gritando.

—¿Dónde dice que ha orinado?

—Venga conmigo.

Las macetas todavía están mojadas. Regresan al lado largo de la terraza. Anna y Andrea ya no están allí. Matteo señala un punto del antepecho.

—¿Ve ese vaso? Todavía está lleno. Mi mujer debe de haberlo dejado ahí al ver caer a Gianni.

Vuelven al salón.

—¿Quién es el propietario del piso? —pregunta el policía.

—Yo —responde Andrea.

—Ese antepecho es peligroso, es demasiado bajo. O manda que lo hagan más alto, o pone algo encima.

—Lo haré —dice Andrea, compungido.

Y todos, aliviados, comprenden que el asunto está zanjado.

Es como cuando cae al suelo un termómetro y el mercurio, que dentro parecía compacto, se divide en varias bolitas que ruedan en distintas direcciones. Una vez que el subcomisario se ha ido, se apartan unos de otros.

Nadie malgasta una sola palabra en comentar la desgracia y todavía menos en hablar de Gianni: un meteoro que por un instante ha atravesado el grupo y luego se ha desintegrado sin más.

Matteo está sentado en una butaca junto al teléfono. Después de lo que ha visto, lentamente empieza a intuir quién es en realidad la mujer con la que está casado. En los primeros días de su relación le preguntó por qué había roto con Andrea. Y ella respondió con una frase que entonces le había parecido oscura: «Habíamos llegado a un paso del punto de no retorno y decidimos dar marcha atrás».

Ahora comprende perfectamente la frase. Esta noche han querido traspasar ese punto de no retorno, casi ante los ojos de todos. Por fin han arribado a una isla exclusivamente suya, inaccesible.

A fin de cuentas, le han hecho un favor. ¿Acaso él no había decidido matar a Gianni? ¿No estaba a punto de hacerlo? Si Anna y Andrea no hubieran aparecido en la terraza, lo habría empujado él.

¿Cómo debe comportarse ahora con Anna? No cree que su mujer y Andrea se hayan dado cuenta de que él ha visto todo lo sucedido. Piensan que él le ha contado al policía la verdad, su verdad.

Y, por otra parte, ¿está seguro de haber visto que Anna y Andrea empujaban a



Gianni? ¿Podría declararlo ante un tribunal? Él ha visto que Gianni desaparecía. ¿No es posible que, en realidad, haya caído mientras Anna y Andrea se acercaban a él? Entonces, ¿qué? Pues que lo mejor es olvidar el asunto. ¿Y el polvo salvaje que ha presenciado? Puede no significar nada tampoco, una reacción violenta, un poco extraña tal vez, al ver morir a un hombre. Un impulso ciego de vida, pasado el cual todo volverá a la normalidad; sí, es eso.

Suena el teléfono. Matteo contesta. Escucha.

—De acuerdo. —Cuelga—. Era Fabio. Gianni ha muerto nada más llegar al hospital. —Se vuelve hacia Giulia—. No se siente con ánimos de subir. Te espera abajo, en el coche.

Giulia abraza a Matteo, luego sale a la terraza a despedirse de Anna, que está fumando. Le pregunta a Rena dónde está Andrea, pero ella dice que no lo sabe.

—Despídeme tú de él.

Rena la acompaña hasta el ascensor.

Al volver, Rena se para en la puerta del salón de forma que Anna no pueda verla y le hace una seña a Matteo. En cuanto él está a su lado, le rodea el cuello con los brazos y le ofrece los labios. Matteo se aparta.

—¡Por favor, Rena! Si viene Andrea...

—Andrea ha ido a acostarse, me ha encargado que me despida de vosotros en su nombre.

Tras esta explicación, Matteo se deja besar. Ella parece no notar su pasividad.

—Por favor, el lunes, ¿eh? —le susurra—. Después quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué?

—Unas fotos.

Matteo se estremece.

—¿Qué... fotos?

—Me las dio Gianni hace un mes y me dijo que le mandara las dos primeras. Hice lo que me pidió. Me había prometido un montón de dinero. Tú apareces especialmente mono. Tengo otras seis.

Matteo se queda sin habla, dos martillos le golpean las sienes, tiene la garganta seca. Y Rena, sonriendo, añade en voz todavía más baja:

—Pero a mí te resultará más difícil matarme.

Fabio

No, ni siquiera lo intenta, ni poniéndose de puntillas y alargando el brazo al máximo conseguiría llegar a la manilla y abrir la puerta. Se queda mirándola desconsolado hasta que por fin lo acepta: no le queda más remedio que volver a la cama, lo que significa que no verá a papá hasta mañana.

Entra en su cuarto y de pronto tropieza con la sillita que mamá le regaló, junto con una mesa pequeña, por su cumpleaños. A él le gusta mucho dibujar con los lápices de colores. Hace árboles y cielos con nubes y pajaritos volando. Mientras se frota la pierna, se le ocurre una idea. Coge la sillita, que no pesa demasiado, y la lleva delante de la puerta del dormitorio de papá y mamá. Sube a la silla. Ha sido una idea buenísima; ahora llega con facilidad a la manilla.

Abre la puerta unos centímetros. No lo han oído; ahora es mamá quien está hablando bajito. Desciende de la silla, empuja la puerta, la abre de par en par y entra corriendo mientras grita, feliz:

—¡Papá! ¡Papá!

Giulia

—Ven a mi habitación, que voy a enseñarte una cosa —dice tío Eugenio, levantándose.

—¿Qué?

—Ven.

—Ahoda voy.

El tío sale arrastrando la pierna torcida. Ella saca a *Gogghi*, la coloca en la posición de antes, termina de peinarla. ¿Y ahora qué hace? ¿Viste a *Gogghi* de verde o va a la habitación del tío? Seguro que le da otro caramelo. Vuelve a acostar a *Gogghi* y la tapa con la colcha.

—Espádame, ahoda vuedvo.

El tío está sentado a su mesa, en la silla giratoria con ruedas que tanto la divierte. A veces la sienta sobre sus rodillas y se pone a girar la silla, y parece que esté en el ti vivo. Esta vez también la coge por las axilas y se la sienta encima. En la palma de la mano tiene una moneda.

—Mira bien.

Cierra la mano, mueve el puño en círculos y lo abre: la moneda ya no está.

—Ooohhh —dice ella, asombrada.

Agarra la mano del tío, la mira por todas partes, le estira los dedos uno a uno. No hay nada que hacer: la moneda ha desaparecido.

—¿Dónde está?

—La tienes tú —contesta el tío.

—¡¿Yo?!

El tío alarga la mano, le coge una oreja, da un tirón y la moneda aparece de nuevo en su mano.

—*Otda vez* —pide ella.

\* \* \*

Andrea

El marinero que viene a ver a Erminia se ha levantado gesticulando. Se aleja del banco, se para, retrocede, luego se aleja todavía más, se para de nuevo, se vuelve, le grita algo a Erminia, echa a andar otra vez, se va.

Mara ha empezado a ganar de nuevo. Así no tiene gracia jugar.

Erminia se queda un rato más sentada, con la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas; luego se levanta, coge el bolso, va hacia él, que está mirándola, y dice decidida:

—Es hora de volver a casa.

Tiene los ojos enrojecidos. El marinero la ha hecho llorar. El marinero es malo y a él no le gusta. Les dice «adiós» a Mara y Simone; a Luca no, porque se ha portado bastante mal.

Cogen el autobús de vuelta, bajan en la parada que queda a unos metros de casa. Erminia abre la puerta de la calle con la llave, lo hace entrar, lo sigue.

Después de la puerta hay seis peldaños que llevan al ascensor. Él los sube corriendo.

Se detiene de golpe porque el marinero ha salido de detrás del ascensor.

Erminia también lo ve.

—¿Cómo has entrado? —le pregunta muy enfadada.

Anna

Angelo, que la oye llorar y gritar, aparece en el pasillo atontado y tambaleante; tiene que apoyarse en la pared para andar. Lleva todo el pijama manchado de vómito.

—¿Qué te pasa?

—Papá se ha ido y mamá no *quiede abdid*.

Angelo tira de la manilla. La puerta está cerrada por dentro. Él también llama, pero no obtiene respuesta.

«A lo mejor mamá se encuentra mal», piensa.

Y entonces Angelo corre hasta la puerta de la señora Conticello, que es amiga de mamá. Ella lo sigue, le da miedo quedarse sola. Angelo toca el timbre ininterrumpidamente, hasta que por fin se oye una llave girando varias veces en la

cerradura y un pestillo. Ella y Angelo se encuentran frente al señor Conticello, que los mira perplejo y alarmado.

—¿Qué ocurre, niños?

—Mamá se ha encerrado en su cuarto y no...

El señor Conticello no lo deja acabar. Lo aparta, entra en el piso vecino, llega ante la puerta cerrada, acciona la manilla una y otra vez, no sucede nada, llama:

—¡Laura! ¡Laura!

Mamá tampoco le contesta a él.

Entonces el señor Conticello, que es alto y muy robusto, da un paso atrás y empuja la puerta con un hombro.

Matteo

Levanta delicadamente la cabeza de *Popeo*, que sigue durmiendo, le rodea el cuello con un extremo del cordel dando varias vueltas y lo ata.

Es papá quien le ha enseñado a hacer nudos.

Papá, que está al mando de un barco muy grande, dice que todos los marineros saben hacer nudos y que él tiene que aprender a hacerlos para llegar a ser comandante. Y él ha aprendido.

Luego, con el otro extremo del cordel en la mano, se aleja unos pasos. Da un tirón.

*Popeo* abre los ojos de golpe, emite un maullido sofocado, se levanta.

Él da otro tirón, esta vez con las dos manos, y *Popeo* cae de la cama.

—*Ahoda* vienes conmigo a *cazad adañitas*.

Gianni

Es tanta la emoción de acostarse en la cama grande, en el sitio de papá, que se le pone piel de gallina.

—¿Tienes frío?

—No, mamá.

Mamá rodea la cama, se quita las zapatillas y se mete entre las sábanas. Pero en vez de ponerse de cara, como él se espera, le da la espalda. Se queda un ratito así. Él la oye sorber por la nariz de vez en cuando.

A lo mejor llora porque papá no ha querido salir de la caja.

De pronto, mamá se vuelve y lo abraza con fuerza. Él tiene la nariz hundida entre sus pechos. ¡Qué bien huele mamá! El olor de papá, en cambio, nunca le ha gustado.

Poco a poco se le empiezan a cerrar los ojos.

Rena

Espera a que mamá vaya al teléfono para hablar con la abuela, que está en un país muy lejano y le trae muchos regalos cuando viene a verla con el abuelo.

Le han dicho que el abuelo es un hombre muy importante porque es muy bueno curando enfermos, y ella, cuando sea mayor, quiere ser enfermera para estar con el abuelo y ayudarlo.

Las conversaciones telefónicas entre mamá y la abuela suelen ser muy largas.

—¿Puedo ir al jardín?

Mamá asiente con la cabeza sin dejar de prestar atención a lo que le está contando la abuela. Mientras ella sale, oye que mamá le dice:

—Rena, si ves a Tilde, dile que venga inmediatamente a casa.

Por supuesto que verá a Tilde, pero no le dirá que vuelva a casa. Toma corriendo el sendero que conduce a la cisterna.

Fabio

Se detiene en seco. Porque el hombre que está desnudo sobre las sábanas al lado de mamá, desnuda también, no es papá, sino un señor al que nunca había visto en casa, ni siquiera cuando vienen los amigos, y que lo mira con expresión divertida.

Giulia

Tío Eugenio está mostrándole otra vez la moneda en la palma de su mano.

Luego la cierra y empieza a moverla en círculos. Ella está muy atenta.

El tío abre la mano: la moneda ha desaparecido.

—Veamos adónde ha ido a parar.

Le acerca la mano a la oreja, le da un tirón un poco más fuerte que antes y abre la mano, pero la moneda no está.

—Probemos con la otra oreja.

La moneda tampoco está ahí.

—Veamos si la tienes en la boca.

Nada. El tío se rasca la cabeza.

Ella ríe por lo tonto que es el tío, porque no encuentra la moneda y parece muy confuso.

—Tengo una idea —dice él al final.

La coge por las axilas, la deja en el suelo y hace que retroceda unos pasos. Se arrodilla delante de ella.

—Ahora la encuentro seguro.

Le levanta el vestidito verde.

—Mantenlo levantado así.

Ella coge el borde de la falda con las dos manos. El tío le baja las braguitas, hurga con los dedos entre sus piernas. Se ve que no encuentra la moneda fácilmente, porque está un buen rato buscando.

—¡Aquí está! —exclama por fin en tono triunfal.

Andrea

El marinero no le responde. Da un salto hacia delante, rodea con las manos el cuello de Erminia, la empuja contra una pared.

No habla; hace como el perro de los señores Nespola, que siempre gruñe. Ni siquiera Erminia consigue hablar o gritar; las manos del marinero le aprietan el cuello demasiado fuerte. El marinero, sujetando a Erminia solo con la mano izquierda, mete la derecha en el bolsillo de los pantalones y saca una navaja cerrada en la que, de repente, aparece la hoja con un destello metálico.

Él mira, paralizado de terror.

Anna

Pero la puerta resiste al empujón. Entretanto ha aparecido la señora Conticello en bata y zapatillas, con rulos en la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Coge a los niños y vuelve a casa —le ordena el señor Conticello.

Ella no pide más explicaciones.

—Venid conmigo.

Nada más entrar en casa de los Conticello, a Angelo le entran arcadas de nuevo. La señora lo lleva al cuarto de baño.

Y Anna aprovecha la ocasión para volver a su casa; quiere saber si mamá tiene pupa.

Oye al señor Conticello llamando por teléfono en el despacho de papá. Avanza por el pasillo, la puerta del dormitorio está ahora abierta, entra.

Matteo

Ha obligado a *Popeo* a seguirlo hasta el recibidor. Hay que empezar desde ahí, porque por ahí es por donde entran las arañas en casa, arrastrándose por debajo de la puerta. Pero *Popeo* no tiene ganas de ir de caza, solo tiene ganas de dormir, porque de vez en cuando se le doblan las patas de sueño.

\* \* \*

Gianni

Mientras duerme, un movimiento de mamá lo despierta. Abre los ojos. Mamá ha apagado la luz, en la habitación hay ahora una oscuridad total.

Ya no está debajo de las sábanas, sino encima.

Está acostado boca arriba y mamá está bajándole lentamente los pantalones del pijama. ¿Se habrá hecho pipí encima y mamá está cambiándolo?

Pero mamá no le quita del todo los pantalones; se los deja a la altura de las rodillas.

Luego, la mano de mamá se posa con levedad sobre su colita y empieza a

acariciársela suavemente.

Rena

Ha llegado a la cisterna, cuya boca está rodeada por una pared circular el doble de alta que ella. Para entrar con más comodidad, Tilde ha colocado una gran piedra al pie de la pared.

Ella se sube a la piedra, pero aun así le cuesta llegar al borde de la pared. Un gran disco de metal oxidado cubre la entrada del pozo. Pero ella sabe que Tilde puede levantar ese disco; se lo ha visto hacer, así que no debe de pesar mucho.

En un lado, el disco tiene una especie de lengüeta con un orificio, que coincide con otra lengüeta fijada en la pared; los dos agujeros sirven para pasar un candado que está allí, abierto, encima del borde. Al lado está la llave. En el disco también hay un agujero bastante grande.

Se acerca a la boca, llama:

—¡Tilde!

Ninguna respuesta.

Prueba otra vez y acerca la oreja al agujero. Oye la voz de Tilde, que la asusta; es cavernosa como la de un ogro.

—¡Vete!

Ha acertado. Tilde está en el fondo del pozo.

Fabio

Mamá se levanta de la cama hecha una furia, lo agarra de un brazo, lo zarandea violentamente, lo saca a rastras.

—¡Idiota! ¡¿Qué haces aquí?! ¡Vete a la cama!

Lo lleva a su cuarto y le da un bofetón que hace que se tambalee.

—¡A la cama ahora mismo!

Sale y cierra la puerta. Pero no con llave, porque nunca ha habido llave. A él le duele la mejilla por el bofetón, pero no llora.

Está muy enfadado, mucho, con ese señor desconocido que se ha hecho pasar por papá.

Giulia

El tío ha conseguido que la moneda desaparezca de nuevo.

—Ahora tienes que buscarla tú —dice.

—¿Dónde?

—La tengo yo encima.

Ella lo mira, dudosa.

—Pero ¡tú eres muy grande, tío!

—Es verdad. Te ayudaré.

—¿Cómo?

—Jugaremos a frío, frío, caliente, caliente.

Ya han jugado otras veces a eso, cuando le esconde los caramelos y ella tiene que encontrarlos.

Tío Eugenio se sienta en la silla giratoria e inclina el busto hacia ella, que le toca una oreja.

—¡Frío, frío!

Andrea

El marinero echa atrás la mano con la navaja y luego la lanza hacia delante. La navaja entra toda entera en el estómago de Erminia. Después la saca sin dejar de gruñir como el perro de los señores Nespola y, levantando la mano, se la clava a Erminia justo donde está el corazón.

Mientras Erminia se desploma, el marinero limpia la hoja en el vestido de ella, cierra la navaja, se la guarda en el bolsillo, baja los peldaños, abre la puerta de la calle, sale. La puerta se cierra a su espalda.

Anna

Mamá está atravesada en la cama, con la cabeza colgando; el largo cabello toca el suelo, el brazo izquierdo le cuelga también al lado de la cabeza, mientras que el otro está extendido junto a su costado. La colcha está empapada de sangre, y la alfombrilla también está manchada de rojo.

Ella se acerca un poco más. La sangre le ha salido a mamá de las muñecas; debe de haberse cortado con la navaja de afeitar de papá. Y, en efecto, ahí está, en el suelo, al lado de la alfombrilla. Mamá duerme.

Mejor, así no siente dolor por la pupa que se ha hecho con la navaja. No tendría que haberla cogido; una vez que ella la cogió porque estaba encima del taburete del cuarto de baño, papá le echó una buena regañina.

Matteo

*Popeo* ya no anda; ha caído de lado, dormido, y él no tiene más remedio que arrastrarlo. Pero no quiere darse por vencido. Aunque duerma, le hará recorrer toda la casa. Así aprenderá.

Gianni

Mamá ha dejado de acariciarle la colita. Lástima, porque esa caricia, que hasta entonces nunca le había hecho, le gustaba. Mamá continúa abrazándolo fuerte y él la oye jadear como cuando uno ha corrido mucho.

Rena



Mientras está sentada sobre la pared se le ocurre una idea, porque ha visto que cerca de allí hay una gran manguera que el jardinero utiliza para regar. Va a cogerla, la arrastra con dificultad hasta el pozo, la mete en el agujero, va a abrir el grifo, sube de nuevo. Apoya entonces una oreja en el disco y oye el ruido del agua cayendo. Le parece oír también los gritos de Tilde. Que se desgañite si quiere; total, nadie puede oírla.

\* \* \*

Fabio

Él está con una oreja pegada a la puerta. Mamá y el señor que se ha hecho pasar por papá hablan ahora en voz alta.

—¡Date prisa! —exclama mamá.

—Deja que acabe de vestirme, ¿no? —replica el señor. Y al cabo de un momento —: ¿Te llamo mañana?

—¡Vete, vete!

Oye que el señor sale del dormitorio y entonces, ¡pataplaf!, tropieza con la sillita que él ha dejado en el pasillo y se cae. Dice palabrotas. Él se ríe. ¡Lo tiene bien merecido!

Giulia

¡Por fin ha encontrado la moneda! Se había escondido en los calzoncillos del tío, en un sitio donde tiene una cosa larga que ella ha tenido que apartar para encontrar la moneda. Pero ¡qué peludo es tío Eugenio! Oyen que se abre la puerta de casa; es Gemma.

—Ahora vuelve a tu cuarto —dice el tío—. Mañana por la mañana jugaremos a otra cosa mejor.

Andrea

Erminia ya no hace ese ruido similar al del grifo cuando no sale agua. Él no puede apartar los ojos de Erminia.

De pronto nota calor entre las piernas. Se ha hecho pipí encima.

Pero no de miedo, no.

\* \* \*

Anna

Avanza por la habitación hasta llegar junto a la cabeza de mamá. Mira el brazo que cuelga fuera de la cama. Despacio, alarga un dedo, lo posa sobre el corte de la

muñeca, se lo acerca a la nariz para olerlo, después lo baja hacia la boca, saca la lengua y lame la manchita de sangre hasta que desaparece del dedo.

Matteo

En vista de que *Popeo* no tiene ninguna intención de despertarse, más vale que lo lleve a dormir a los pies de la cama, donde estaba antes. ¿Debe quitarle el cordel del cuello o no? Decide que no, porque así mañana por la mañana, cuando se despierte, le hará dar otra vuelta.

Gianni

Ahora mamá está besándole la colita y lo abraza tan fuerte que él empieza a asustarse. Mamá está haciéndole daño. Y, además, ¿por qué respira cada vez más deprisa y se queja tanto?

Rena

Se ha cansado de oír cómo cae el agua dentro del pozo. Coge el candado, lo mete en los dos orificios y lo cierra. Después recoge la llave y baja. Yendo por el sendero, se encuentra con un viejo árbol que tiene el tronco hueco. Arroja la llave dentro.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Sicilia, 6 de septiembre de 1925): guionista, director teatral y televisivo y novelista.

Entre 1939 y 1943 estudió en el bachiller clásico Empedocle di Agrigento donde obtuvo, en la segunda mitad de 1943, el diploma. En 1944 se inscribió en la Facultad de Letras, pero no continuó los estudios, y comenzó a publicar cuentos y poemas. Se inscribió también en el Partido Comunista Italiano.

Entre 1948 y 1950 estudió Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comenzó a trabajar como director y libretista. En estos años, y hasta 1945, publicó cuentos y poemas, ganando el «Premio St. Vincent». En 1954 participó con éxito en un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Entró a la RAI algunos años más tarde.

En 1957 se casó con Rosetta Dello Siesto, con quien tuvo tres hijas. En 1958 empezó a enseñar en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. Camilleri se inició con una serie de montajes de obras de Luigi Pirandello, Eugène Ionesco, T. S. Eliot y Samuel Beckett para el teatro, y como productor y coguionista de la serie del comisario Maigret de Simenon para la televisión italiana, así como las aventuras del teniente Sheridan, que se hicieron muy populares en Italia.

En 1978, debutó en la narrativa con *El curso de las cosas* (*Il corso delle cose*), escrito diez años antes y publicado por un editor pagado: el libro fue un fracaso. En 1980 publicó en Garzanti *Un hilo de humo* (*Un filo di fumo*), primer libro de una serie de

novelas ambientadas en la ciudad imaginaria siciliana de Vigata, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.

En 1992 retomó la escritura luego de doce años de pausa publicando *La temporada de caza* (*La stagione della caccia*) en Sellerio Editore: Camilleri se transformó en un autor de gran éxito y sus libros, con sucesivas reediciones, han vendido un promedio de 60.000 mil copias cada uno.

En 1994 se publicó *La forma del agua* (*La forma dell'acqua*), primera novela de la serie protagonizada por el Comisario Montalbano (nombre elegido como homenaje al escritor español Manuel Vázquez Montalbán). Gracias a esta serie de novelas policiacas, el autor se convierte en uno de los escritores de más éxito de su país. El personaje pasa a ser un héroe nacional en Italia y ha protagonizado una serie de televisión supervisada por su creador.